
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
EL RESPLANDOR DEL HACHA
SILVER KANE

Casi en seguida, unos pasos se alejaron rápidamente de allí. Alguien corría con agilidad. La niebla, la fina lluvia, la soledad se llevaron aquel sonido.

Todo quedó tranquilo.

En la calma augusta de Hyde Park, nadie veía aquel cadáver con la cabeza separada del tronco. Nadie veía la sangre. Nadie había oído los pasos ágiles que se alejaban con rapidez.

Hasta que, de pronto, se oyeron unos pasos muy distintos.



Silver Kane

El resplandor del hacha

Bolsilibros: Selección Terror - 58

ePub r1.0
Titivillus 11.03.15

Título original: *El resplandor del hacha*
Silver Kane, 1974
Diseño de cubierta: Salvador Fabá

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre atravesaba Hyde Park en dirección a Notting Hill Gate con el paso apresurado del que siente cierta prisa por llegar. No eran todavía las diez, pero todo aquello estaba ya absolutamente solitario. Hasta dos horas antes, mucha gente que se dirigía al barrio de Kensington había pasado por allí, pero ahora no pasaba nadie. Hyde Park tenía ese aspecto que ofrecen muchos lugares de Londres cuando cierra la noche: el aspecto de lugares absolutamente desiertos, absolutamente muertos; como avenidas de un cementerio situado en el otro extremo del mundo.

El hombre se llamaba Temple y era médico. Había acudido a una visita domiciliaria de urgencia con su coche, pero un pinchazo en una rueda delantera le había obligado a detenerse cuando estaba frente a Hyde Park. Había pensado, entonces, que le resultaría mejor llegar a una cercana estación de servicio que cambiar él mismo la rueda, perdiendo más tiempo y dejándose hecho polvo el traje. De modo que había dejado su automóvil allí, haciendo a pie el resto del camino y atravesando Hyde Park para ganar tiempo. Ahora regresaba.

Estaba intranquilo y no sabía por qué.

Claro que era una tontería tener aquel sentimiento.

Londres no es una ciudad donde se produzcan demasiados asaltos por la noche. Hay alguna calle peligrosa, claro, pero son muy pocas. Y últimamente no se había dado ningún caso de que a alguien le robaran, en una alameda solitaria de Hyde Park.

Sin embargo, tenía la sensación de que alguien le seguía.

Le parecía oír pasos; le parecía ver furtivas sombras…

Temple, como casi todos los médicos, tenía los nervios bien equilibrados para cuanto se relacionara con la muerte. No le impresionaban los cadáveres. Sin embargo, últimamente se había equivocado en un par de diagnósticos y había sido causa directa de

la muerte de un paciente, un viejo mulato que parecía vivir de renta y que luego resultó ser un hechicero del rito vudú. Ya se sabe que en Londres hay gentes de todas las razas y todas las religiones, y ya se sabe, también, que los sacerdotes del vudú tienen la pretensión de que resucitan pasado un tiempo. Pues bien, el viejo le había dicho a Temple, le había dicho en su cara antes de morir, que volvería para vengarse.

El médico veía a través de los árboles las luces de Notting Hill. Suspiró más tranquilo. La noche era desapacible, fría, y no causaba ninguna ilusión pasear por uno de los parques más solitarios del mundo.

Meneó la cabeza.

¿Por qué llevaba varios días pensando en el viejo hechicero que le había jurado que volvería para vengarse?

Al infierno con él.

Nadie regresaba del otro mundo.

Y sin embargo, no podía evitar la aprensión de que alguien le estaba siguiendo. Cuando las ráfagas de viento cambiaban de dirección, había llegado a oír perfectamente los pasos.

Notó que empezaba a lloviznar.

¡Lo que faltaba para tener una noche completa!

Borrando de su mente los siniestros pensamientos que la embargaban, se imaginó a sí mismo llegando a su confortable casa de Baker Street, cerca del lugar donde imaginariamente vivió el mismísimo Sherlock Holmes. Las casas tenían un aspecto severo, pero al mismo tiempo acogedor, confortable y digno. Temple se imaginó a sí mismo preparándose una taza de té caliente y bien cargado, y sorbiéndolo poco a poco mientras se concedía unos minutos de descanso para contemplar el agua de la lluvia resbalar por los cristales. Sí; aquélla era la vida reposada, tranquila, que a él le gustaba llevar. Aquél era el Londres que él amaba.

Pero no lo amaba tanto cuando tenía que aguantar una inesperada lluvia a un lado de Hyde Park, ¡qué diablos!

Fue a tomar la última recta que llevaba a la salida cuando, de pronto, se detuvo. Ahora estaba seguro de haber oído pasos, otra vez. Ahora estaba completamente convencido de que alguien le acechaba.

De una forma mecánica llevó la derecha al maletín y lo abrió.

Allí, siempre tenía un bisturí bien afilado.

Si alguien quería darle una sorpresa en aquel lugar solitario, la sorpresa iba a llevársela el otro.

¿Pero por qué pensó de nuevo en el muerto que le había prometido volver? ¿Por qué recordó el rito vudú, en el cual no había creído nunca?

Los pasos se acercaban.

Le pareció ver una sombra a través de la niebla y de las finas gotas de lluvia.

Pero era una sombra…, ¿cómo explicarlo…? No era una sombra normal.

Temple gruñó:

—¿Quién está ahí? ¿Qué quiere?

Nadie le contestó.

Los pasos se deslizaron hacia su derecha y luego se alejaron, como si todo hubiera sido una pesadilla.

Temple se sintió ridículo.

¿Qué hacía allí, parado en medio del parque, como un niño que tiene miedo?

Echó a andar de nuevo hacia la zona iluminada, pero, de pronto, notó que unas gotitas de sudor helado aparecían en su frente. Estaba seguro… Los pasos se habían oído otra vez, ahora hacia la izquierda.

Le estaban rodeando…

Mientras trataba de empuñar el bisturí, gruñó de nuevo:

—¿Quién está ahí?

Le pareció oír una risita.

Una risita queda, lenta, amarga…

Y entonces lo vio.

Vio los ojos brillantes.

Vio la boca plegada en una mueca…

Vio el hacha.

Tuvo apenas tiempo de lanzar un grito. Se llevó desesperadamente las manos a la cara, pero ya fue inútil.

Prácticamente, le partió la cabeza en dos.

La sangre se mezcló a la lluvia, sobre la hierba fresca de Hyde Park. Los dedos de Temple la arañaron con un último estertor. Luego el hacha volvió a caer, separándole materialmente la cabeza

del tronco.

Casi en seguida, unos pasos se alejaron rápidamente de allí. Alguien corría con agilidad. La niebla, la fina lluvia, la soledad se llevaron aquel sonido.

Todo quedó tranquilo.

En la calma augusta de Hyde Park, nadie veía aquel cadáver con la cabeza separada del tronco. Nadie veía la sangre. Nadie había oído los pasos ágiles que se alejaban con rapidez.

Hasta que, de pronto, se oyeron unos pasos muy distintos.

Se acercaban al muerto.

Pero eran vacilantes.

Dudosos.

Los pasos de alguien que utilizaba un bastón para andar.

Hasta que aquellos pasos se detuvieron bajo la fina lluvia. Una lejana luz iluminó el bastón. Iluminó las preciosas piernas de la chica. Iluminó al muerto.

Y los ojos aterrados de la muchacha.

Y su boca que chillaba…

Dos largos, casi ululantes gritos de horror, rompieron la tranquilidad, la casi hogareña calma de la noche.

CAPÍTULO II

La casa estaba situada en el barrio parisino de Passy, y tenía un pequeño jardín en la parte delantera y un gran jardín en la posterior. *Le Monde* y *Le Figaro* habían estado anunciándola durante tres días:

> Señorial casa de las que ya no se encuentran en París. Mil metros cuadrados de jardines. Dos pisos, ocho habitaciones, tres baños. Disfrute de la soledad y el aire puro, teniendo a su alcance todas las comodidades de la capital. Se alquila por años. Precio y condiciones a convenir.

Eso de «precio a convenir», había asustado a la gente.

Mal asunto cuando en el anuncio de un alquiler no se indica la suma a que asciende.

Eso quiere decir, generalmente, una cosa: «Pobretones abstenerse».

Y ningún pobretón había acudido allí.

En cambio, habían acudido:

Primero:

Una millonaria americana, a la que la casa le pareció demasiado sombría y demasiado grande.

Segundo:

Dos amiguitos cogidos de la mano, y a los que el administrador no quiso alquilársela.

Tercero:

Dos amiguitas cogidas de la mano, y a las que el administrador no quiso alquilársela.

Cuarto:

Un amiguito y una amiguita cogidos de la mano, y a los que el administrador sí se la quiso alquilar. Pero en eso llegó la esposa del

amiguito, y éste y la amiguita fueron a parar al hospital más cercano: Total: de negocio nada.

Quinto:

Un pintor de fama, al que le gustó todo —precio incluido— menos el hecho de que las habitaciones tuvieran poca luz. Total, no se la quedó.

El administrador ya empezaba a desesperar de que aquello resultara.

Y estaba pensando en reanudar los anuncios en *Le Fígaro* y *Le Monde* —además de hacerlo en algunos otros periódicos más populares—, cuando se detuvo aquel coche ante la verja.

El administrador, rápidamente, lo calibró.

No resultaba tan difícil, tratándose de un Rolls.

Matrícula inglesa.

Buenas rentas, buenos impuestos, buen todo.

Buenas piernas.

Eso lo pensó, al abrirse la portezuela y bajar la chica.

Sí, señor. ¡Qué piernas!

¡Y qué princesita!

Pero el administrador parpadeó, al darse cuenta de que ella necesitaba de un bastón para caminar. No lo notó, hasta que la muchacha hubo bajado del todo del coche. Se dio cuenta, también, de que llevaba una falda muy cortita, unas medias muy finas y un vestido oscuro con el cuello blanco como el de una colegiala. Se dio cuenta, también, de que la chica tenía, en todo, aspecto de colegiala suculenta, aunque ya debía rondar los veinte años.

Con ella descendió un hombre, dejando el Rolls estacionado en el vado particular de la casa.

El hombre debía tener unos treinta años.

Su aspecto era entre enérgico y señorial, entre deportivo y mundano.

En suma, esa mezcla de cualidades que no posee todo el mundo, sino sólo un verdadero *gentleman*.

El administrador les saludó, y les abrió la cancela, al ver que se dirigían a la casa.

—Buenos días, señores. ¿En qué puedo servirles?

El hombre mostró un ejemplar doblado de *Le Monde*.

—Leímos ayer su anuncio —musitó, en perfecto francés, aunque

con un leve acento británico.

—Sí, señor. Lo hemos puesto durante tres días.

—¿Está ya alquilada la casa?

—Tengo muchos compromisos —dijo el administrador, mintiendo como un bellaco, claro—. La casa es una joya, hay que reconocerlo, y esto ha sido un continuo desfile de personas que se interesaban por ella. Pero, precio por precio, el dueño me ha pedido que valore la calidad de los inquilinos. Entiéndalo. Ésta no es una casa para que viva cualquiera, aunque ese cualquiera pague.

Y miró significativamente al Rolls mientras trataba de convencerse de que no era de los de alquiler sin chófer.

Pero el reloj del hombre acabó de convencerlo.

Era un Rolex de oro macizo. El de ella era un Patek Philipe, de brillantes y platino.

Un par de bagatelas, sí, señor.

—¿Quieren ver la casa?

—Con mucho gusto —dijo la muchacha, sonriendo—. Pero no quiero causarle molestias innecesarias. Primero, quisiera saber el precio.

—Oh, eso no tiene importancia —dijo el administrador—. Primero vean la casa y, si les gusta, hablaremos del precio.

—No, no… Ése es un detalle fundamental —murmuró la muchacha—. No quiero darle ningún trabajo, si el precio no me interesa.

—Bueno, pues… En fin, el asunto se puede tratar. El acuerdo es pagar un año anticipado, pero también se puede fraccionar en tres, cuatro partes… ¡*Ejem*! El precio son cuarenta mil francos. Mobiliario completo incluido, por supuesto. Un mobiliario de primera clase.

—El precio me interesa —dijo, rápidamente, el hombre—. Es alto, pero hay que reconocer que ya no se encuentran casas tranquilas y amplias en París. Veámosla, si no le importa.

—Con…, con mucho gusto. ¡Claro que sí! ¡Con mucho gusto, caramba!

Les enseñó la casa.

No cabía duda de que ésta era señorial.

Una verdadera joya, construida por un burgués del siglo XIX, cuando casi no había impuestos y cuando el servicio era barato. El

mobiliario era casi todo estilo Imperio. Sin embargo, no faltaban detalles ultramodernos, como un gran aparato de televisión, una lavadora automática, triturador de basuras y cuartos de baño con cerámica italiana.

También había un gran piano de cola.

Fue eso lo que pareció decidir a la muchacha.

Un soberbio piano de cola de Chassaigne Frères, perfectamente afinado.

También había otras cosas.

Cosas inquietantes, según como se las mirase.

O inexplicables.

Por ejemplo, una gran colección de pelucas, puestas sobre sus soportes de mimbre, como en el escaparate de una peluquería de señoras. Pero aquí causaban un efecto casi siniestro, igual que cabelleras que hubieran sido arrancadas por la fuerza, a personas vivas.

Había también una espantosa colección de cabezas reducidas de tamaño, como las que a veces se han encontrado en Nueva Guinea. Pero éstas no correspondían a indígenas, sino a hombres y mujeres blancos.

Por fin, había también, en la buhardilla, una auténtica guillotina, aunque sin cuchilla. Es decir, una guillotina inofensiva, si bien de un considerable valor histórico.

El administrador sabía que todos aquellos objetos eran elementos negativos, de primera clase.

A nadie le gustaban.

¡Estúpida manía la del dueño, de querer conservarlo todo tal y como estaba!

—Habrán observado que todos los objetos se conservan en su lugar de origen —murmuró—. Los primitivos dueños, los padres del actual propietario, eran unos riquísimos coleccionistas, que habían viajado por todo el mundo. Pero si se quedan la casa y todo esto no les gusta, lo haré retirar. También pueden cambiar el ambiente de las habitaciones si lo desean, y me llevaré los muebles sobrantes, sin cargo alguno para ustedes.

La muchacha miraba al piano.

Bisbiseó:

—Reconozco que algunas cosas son muy extrañas, pero a

diferencia de otras personas, a mí eso no me disgusta.

—Hum… Resulta usted una…, una mujer sorprendente.

—Mi prometida, la señorita Ingrid, tiene una profesión que no es del todo normal —dijo sonriendo el hombre.

—Ah, pero ¿trabaja?

—Sí. Es escritora de novelas policíacas.

El administrador parpadeó.

Y lo primero que pensó, fue:

«Miseria. Seguro que el coche no ha salido de las novelas. *Ejem*… Habrá que ir con cuidado».

—Naturalmente, no sólo vive de eso —dijo el hombre—, aunque podría hacerlo, porque sus novelas tienen mucho éxito en nuestro país de origen: Inglaterra. Pero, al mismo tiempo, posee la cuantiosa fortuna de los Newcombe. Por mi parte, y aunque me esté mal decirlo, tampoco me muero de hambre. Soy Robin Stafford, el heredero de los Stafford. Mi profesión es la de ingeniero naval, pero actualmente diseño yates de recreo para los millonarios.

El administrador quedó convencido plenamente.

Y hasta casi se conmovió ante tanta riqueza junta y al alcance de su mano.

—¿Puedo confiar en que les interese la casa? —murmuró.

Robin hizo un gesto dubitativo.

—El precio es conveniente, pero…

—¿Pero qué, señor?

—La señorita Ingrid tuvo un accidente de automóvil hace tiempo, y aún está convaleciente. He observado que todos los dormitorios están arriba, lo cual significa subir y bajar muchas escaleras.

—Podríamos instalar un dormitorio abajo, señor. Yo mismo cuidaría de la ambientación y traslado.

—También hay que reconocer que el ambiente es…, es un poco sombrío.

—Todos estos objetos que ustedes han visto, pueden ser retirados fácilmente.

—No, no me refiero a eso, sólo. Quizá sea la luz… No sé, es algo que no acierto a explicar. O el jardín posterior… Está algo descuidado. Hay momentos en que produce la sensación de ser una selva.

—Creí que era ésa una de las virtudes de la casa, señor. La sensación de libertad que da su jardín, viviendo en pleno París. De todos modos, los árboles pueden podarse y las hierbas ser quitadas. Todo cambiaría en un par de días de trabajo.

Ingrid no había hablado.

Seguía mirando el piano.

—¿Quién tocaba en él? —murmuró.

—La antigua dueña, la madre del actual propietario. Aún recuerdo las piezas que solía tocar. Y me parece ver sus manos sobre el teclado. *El Concierto de Varsovia* era una de sus melodías favoritas.

Y rozó las partituras que había sobre el piano. Casi todas ellas, arreglo de *El Concierto de Varsovia*. También había un par de partituras originales de cómo el concierto se concibió.

—Pocas veces tocaba otra cosa —dijo.

Y al levantar las partituras, éstas produjeron sobre el piano una leve nubecilla de polvo.

Fue en aquel momento cuando lo oyeron.

Fue en aquel momento cuando captaron el sonido que parecía llegar de todas partes, de las ventanas, de las paredes, de las entrañas de la casa. Era un sonido lento, suave. Un sonido casi amargo. Un sonido que parecía resucitar después de haber muerto, como si la música también muriese.

Porque aquello era música.

Lejana, difusa.

Inexplicable.

Robin palideció.

Musitó:

—¿Qué es eso?

—Pues..., pues... —el administrador había palidecido, mortalmente, también—. Quizá alguien pasa cerca llevando un transistor a todo volumen, señor.

—Eso no es un transistor. Es un equipo de alta fidelidad. Y no suena en un lado, sino en todos los lados de la casa. Dígame, ¿hay en ella algún equipo de Hi-Fi?

—Pues..., pues justamente no, señor. Nunca lo ha habido.

Y quedó alelado, mirando, como atónito, todos los rincones de la casa, oyendo aquella música que unas veces se iba, otras avanzaba,

pero que lo llenaba todo como una obsesión.

Robin bisbiseó:

—Es *El Concierto de Varsovia*… Vámonos. Vámonos de aquí, Ingrid.

Pero Ingrid movió la cabeza negativamente, con los ojos cerrados, como si quisiera captar mejor cada inflexión de aquella música.

—Al contrario —musitó—. Es ahora cuando me interesa, de verdad, la casa.

CAPÍTULO III

Dos semanas antes, hacia las once de la noche, en la comisaría de South Kensington se había presentado una muchacha que necesitaba un bastón para caminar y que llevaba el terror impreso en sus ojos. En aquella noche confortable, cuando uno estaba sentado dentro del hogar, en aquella hora tranquila para los policías de un barrio distinguido donde nunca pasaba nada, la irrupción de aquella chica fue una sorpresa que tardarían en olvidar. Sobre todo, por la absoluta sensación de terror, de desconcierto, que había en aquellos ojos.

La muchacha apenas fue capaz de pronunciar su nombre: «Ingrid». Y de presentar su documentación.

Pero no hizo falta consultarla, porque dos de los agentes la conocían. Habían leído sus novelas de misterio. Pese a su juventud y pese a tener sólo tres novelas publicadas, aquella autora era de las que más empezaban a leerse en toda Gran Bretaña.

Uno de aquellos agentes había susurrado:

—Señorita Loreley…, ¿qué pasa?

Ingrid Loreley había tardado en reaccionar.

Una cosa es un crimen descrito en el papel. Otra cosa es un crimen descubierto realmente y, en especial, de la forma dramática en que lo había descubierto ella.

Con gestos lentos, fatigados, la muchacha señaló un punto del inmenso mapa de la zona que ocupaba toda la pared de la habitación.

—Aquí —dijo.

—Aquí, ¿qué?

—Lo encontrarán todavía… Nadie más ha pasado por allí, estoy segura. Tiene la cabeza separada del tronco.

—¿Pero…, pero quién?

—¿Y cómo voy a saberlo? —Ingrid Loreley se había derrumbado

en una silla—. No le había visto nunca. Además no he podido mirarle bien… Pero debe ser un médico, a juzgar por su maletín… ¡Tienen que sacarle de allí! ¡Por Dios! ¡Por Dios, vayan en seguida…!

Sí. De esa manera, dos semanas antes de la llegada de Ingrid Loreley a París había sido descubierto el primer crimen. Nadie sabía entonces que seguirían otros. Nadie sospechaba entonces que la muerte del doctor Temple, tan inexplicable en apariencia, era solamente el principio de una dramática cadena.

Los expertos descubrieron dos clases de huellas, marcadas en la tierra blanda: por un lado, las de Ingrid Loreley, lo cual era lo más natural del mundo. Por otro, las de unos zapatos planos que hubieran podido ser de hombre, pero que por el poco peso que revelaban podían pertenecer también a una mujer.

Claro que ésa era una simple deducción que los hechos podían rebatir en cualquier momento. Pero Scotland Yard tomó en consideración la posibilidad de que la asesina fuese una mujer.

¿O podía ser un hombre de poco peso?

Nadie se preocupó de averiguar, porque no parecía existir ninguna relación entre una cosa y otra, el peso del viejo hechicero a quien Temple mató poco antes a causa de un diagnóstico equivocado. Nadie supo que aquel hombre había pesado apenas cincuenta kilos cuando estaba vivo. ¿Qué podía pesar después de muerto?

También fue hallada el hacha, no lejos del cadáver. El hallazgo del hacha, por descontado, también resultaba elemental, pues nadie puede salir de Hyde Park llevando una pieza de acero que chorrea sangre, aunque las calles de Londres estuvieran muy poco transitadas a aquella hora y en aquella zona. Lo que no hallaron, en cambio, fue el palo del hacha, pero eso también resultaba elemental.

El hallazgo de la pieza superior, es decir de la pieza de acero que mata, no comprometía al asesino. Hay miles de piezas iguales. En cambio, al mango sí que podía comprometerle, puesto que quizá en él había huellas. Por lo tanto la policía dedujo que lo había escondido en un sitio mucho más seguro. Quizá lo había enterrado y no aparecería jamás.

Todo aquello era normal, dentro de lo espantoso del crimen. No

había motivo para que la policía se extrañase ante ningún detalle.

Ingrid Loreley fue interrogada, pero todo aquello le había causado una tan terrible depresión, que los agentes no pudieron insistir demasiado. Ingrid, por otra parte, era una muchacha que tenía el sistema nervioso deshecho, y no le faltaban motivos para ello. Su padre, dueño de una gran fortuna, había muerto en accidente poco tiempo antes. De su madre nadie sabía nada.

Podía decirse que Ingrid tenía dinero, juventud y belleza, pero le faltaba todo lo demás. El dinero, la juventud y la belleza no lo son todo en esta vida cuando falta la salud, pues aquella preciosa muchacha necesitaba andar apoyada en un bastón; cuando falta la alegría porque no se cree en nada; cuando falta un hogar y un sitio donde uno pueda encontrar una sonrisa sin tener que pagarla.

Poco más tarde, la muchacha, puesto que ya no necesitaban interrogarla más, había salido hacia París. Y había terminado alquilando una casa solitaria en el barrio de Passy.

Los policías de Londres ignoraban eso.

Pero caso de saberlo, conociendo el desastroso estado de los nervios de la chica, hubieran exclamado, sin duda: «Mal asunto…».

Y, al parecer, no les faltaba razón.

CAPÍTULO IV

Robin detuvo el coche suavemente ante el vado y cortó el contacto. Una penumbra grata, pero tal vez un poco siniestra, se hizo en torno a los dos. La cancela blanca, recién pintada, destacaba entre las sombras, quietamente. Al fondo, detrás de los árboles, la casa no era más que una gran mancha gris.

El hombre encendió un cigarrillo, tras haber ofrecido otro a Ingrid, que lo rehusó.

—Has hecho una verdadera tontería, querida —bisbiseó—. Creo que empezó a ser una verdadera tontería tu traslado a París.

—Londres me entristecía mucho en esta época del año, Robin. Además, ¿qué puedo explicarte que tú no sepas? El accidente, la muerte de mi padre, quedando yo sola… Malos recuerdos por todas partes. No había escrito ni una sola línea, en seis meses. Por eso decidí cambiar de aires y venir a París. Aquí se me borrará de la cabeza todo aquello.

—Y yo te acompañaré, Ingrid. He buscado un trabajo en los astilleros de Cherburgo, lo que me permitirá vivir en París casi continuamente. El dinero no es obstáculo, ni para ti ni para mí. Pero lo que me inquieta es…, es esta casa.

Avivó un poco la brasita del cigarrillo, haciendo que de entre las sombras emergiera su rostro.

—Vimos unos áticos estupendos —dijo—. Y hasta apartamentos con mucho carácter, en pleno Barrio Latino. ¿Por qué aquí? ¿Por qué alquilar precisamente esto?

—Yo siempre he vivido en casas solariegas, con muchas habitaciones, Robin. Me ahogaría en esos apartamentos en que hasta los movimientos de los inquilinos están calculados.

Paseó su mirada a través del parabrisas, por los grandes bloques, por las casas-colmena que empezaban a levantarse al otro lado del paseo.

—Pronto ya no quedarán casas como ésta —dijo—. Todo el mundo vivirá en nichos numerados. Hemos alquilado una especie de reliquia que me gusta, Robin.

—Di mejor *he* alquilado. No *hemos*. Yo viviré parte de la semana en Cherburgo, diseñando yates de recreo y el resto en París. Pero estaré hospedado en el hotel Crillón aunque sólo sea por el qué dirán. No quiero que nos alojemos en la misma casa, Ingrid.

—Tú siempre tan británico.

—¿Y tú no?

Ingrid sonrió, mientras aceptaba, al fin, un cigarrillo y usaba el encendedor eléctrico.

—Yo también soy muy británica Robin, lo confieso —murmuró —. Me gusta, por decirlo así, vivir en un medio rodeado de un clima respetable. Pero no hace falta que exageremos, caramba. Si quisiéramos acostarnos juntos, igualmente encontraríamos el modo. Por el hecho de que vivamos bajo el mismo techo algún día, no va a pasar nada.

—Cierto —musitó Robin—, no va a pasar nada. Por eso mismo, ¿para qué dar motivo a murmuraciones?

—No te falta razón, en parte.

—Claro que no me falta. Pero no es de eso de lo que quería hablarte, Ingrid. Todo el rato, mientras estábamos en la Ópera, he estado pensando lo mismo. No te alojes sola, ahí. Deberías esperar a contratar una sirvienta o un ama de llaves.

—Una mujer vendrá todas las mañanas a hacer la limpieza y prepararme la comida.

—Sí, pero ¿y las noches?

—¿Es que tienes miedo, Robin?

Él se estremeció.

Por sus ojos pasó como una especie de neblina.

—No me gusta la casa, Ingrid. Ni…, ni la música.

—También yo he estado pensando en eso, Robin. Y tiene una explicación.

—Yo no encuentro ninguna.

—La música debía proceder de alguna casa vecina.

—¿Por qué dices eso? El jardín nos aísla completamente. Además, la música llegaba de todas partes: de la derecha, de la izquierda, del suelo… Lo llenaba todo. Y era…, y era *El Concierto de*

Varsovia.

Los dedos de Ingrid, que descansaban sobre el *tablier*, temblaron un momento.

—¿Qué piensas, Robin?

—Nada especial… Mejor dicho, no me atrevo a pensar en nada.

—Hay cosas que parecen no tener explicación, y luego resulta que tienen una explicación sencilla.

—Como en las novelas, ¿no?

—No lo digas en ese tono. Las cosas de las novelas, pasan en la vida. Y a veces pasan, en la vida, cosas que en las novelas nadie se atreve a poner, porque los lectores no lo creerían. Pero la música ha sido como un desafío para mí. No sé si lo entiendes. Sin embargo, desde el momento en que la he oído, he pensado: «Eso ha de tener alguna explicación. Yo he de encontrarla».

—¿Y estás dispuesta a hacerlo?

—Sí.

—¿No tienes miedo, Ingrid?

Ella lanzó una carcajada alegre, llena de ecos argentinos.

—¿Miedo? ¿Por qué? Me he hartado de escribir novelas en que puertas misteriosas se abren sin sentido; en que personajes que ya llevaban muertos veinte años, vuelven a pasearse por los pasillos o a sentarse en las mesas; he escrito novelas de hombres que hablan a las mujeres desde la oscuridad. ¿Y quieres que tenga miedo? No, no me importa. Estaré ahí todo el tiempo que haga falta, empezando por esta noche.

—Ingrid…, no lo hagas.

—¿Pretendes que me vaya contigo al hotel Crillón?

—Sí, hazlo. Y espera a tener una mujer contratada día y noche. Sólo entonces podrás estar tranquila en esta casa.

Ingrid lanzó una carcajada.

—¡Qué situación! ¿Te imaginas a la dueña, a la que murió?

—Sí. ¿Y qué?

—¿Te imaginas que viniera a contratarse como ama de llaves, yo la aceptara y nos quedáramos solas?

Robin apretó los puños.

—¡Eres imposible, Ingrid! ¡Imposible! ¡A veces me pregunto qué cuerno he visto en ti! ¡Resultará imposible vivir con una novelista que tenga esa imaginación! ¡Imposible…!

Ingrid rió otra vez.

—No te pongas así, Robin. Es para demostrarte que no tengo miedo.

—Te telefonearé a medianoche.

—Bueno, como quieras. No me cuesta volverme a dormir. Aunque me despiertes, es igual.

Y fue a salir del coche.

Al abrir la puerta, las luces interiores del vehículo se encendieron.

Y mostraron las piernas de Ingrid.

Sus medias oscuras.

El nacimiento de sus muslos, tersos y blancos.

Robin tenía la boca seca.

Musitó:

—¡Ingrid…!

Y la atrajo hacia sí con fuerza, casi con brutalidad, mientras la besaba en la boca.

Cuando pudo respirar, ella bisbiseó:

—¡Qué poco británico te has vuelto, caramba…!

CAPÍTULO V

Ingrid entró en la casa.

Oía el quedo golpear de su bastón sobre las baldosas de mármol, cuando salía de la zona cubierta por las alfombras. Lo oía como si sonara muy lejos, al otro lado de las paredes.

Toc… Toc… Toc.

Ingrid apretó los labios.

¡Qué tontería!

Ella había escrito en los lugares más extraños del mundo. Y, a veces, los más siniestros también. En casas abandonadas del norte de Escocia. En refugios de pescadores, en invierno, cuando no había nadie. Y hasta en un castillo del Rhin, cuyos dueños habían muerto poco antes, y que lo alquilaron por una semana.

¿Por qué sentía esa cosa tan extraña, ahora?

¿Era esto el miedo?

Toc… Toc… Toc…

Llegó hasta las escaleras.

Había caminado a oscuras hasta entonces, porque no sabía bien dónde estaban los conmutadores de la luz. Pero recordaba que al pie de las escaleras existía uno.

Lo hizo girar.

Y la luz no se encendió.

Ingrid sintió frío en la espina dorsal, un frío levísimo, que duró un solo instante.

¿Una avería?

No, no podía ser eso.

A través de las ventanas, ella veía encendidas las luces de la calle.

Y entonces chascó los dedos. Claro, esto tenía que ser. Como la casa estaba deshabitada, el administrador cortaba el paso de la luz por el conmutador general al retirarse. Aquel día debía haberlo

hecho maquinalmente también, sin recordar que la casa ya estaba alquilada.

¿Pero, dónde estaba el conmutador general de la luz?

¿En la cocina? ¿En el vestíbulo? ¿En el garaje?

No podía ponerse, ahora, a buscarlo a tientas, y sin conocer apenas la casa.

«Bueno —pensó—, tendré que resignarme… Pero de todos modos supongo que habrá alguna vela…».

La había.

Sobre la chimenea de mármol, en un candelabro de plata, descansaba un alto cirio, que sólo servía para adornar. Pero ahora iba a servir para cosas más prácticas.

Empleando su encendedor de oro, Ingrid prendió fuego a la mecha. Una lucecita cárdena iluminó medio metro en torno al sitio donde ella estaba. Las sombras retrocedieron un poco, pero más allá de la zona de luz, siguieron siendo tan misteriosas y tan hostiles como siempre.

Ingrid tragó saliva.

Fue avanzando.

Toc… Toc… Toc…

Las escaleras.

Los grandes cuadros que la adornaban, hasta llegar al primer piso.

Rostros de hombres y mujeres que ya estaban muertos desde cien años atrás. Lujosas levitas que parecían hechas para ser lucidas en el Parlamento y ricas vestimentas confeccionadas para los estrenos de la Ópera. Collares que el pintor había conservado con toda su magnificencia. Dinero, dinero, dinero a raudales.

Y el paso del tiempo.

El paso misterioso del tiempo, que da un carácter distinto a todo.

La muchacha empezó a ascender.

Cada peldaño la obligaba a apoyarse en el bastón, porque su pierna izquierda aún no respondía bien. El dormitorio que ella había elegido era el segundo de la planta superior. La casa se alquilaba, incluso con ropas, de modo que no había sido necesario traer nada.

Entró en él.

Y entonces, se dio cuenta de un detalle.

La cama había sido probada.

Se notaba la huella de un cuerpo sobre el cobertor de seda.

¿Quizá lo había hecho la asistenta que el administrador contrató para que adecentase un poco aquello? Pero ¿tan imprudente o tan estúpida era? Si tenía mucho interés en probar la cama, ¿no podía haberse dado el capricho, antes de hacerla, sin necesidad de dejar su huella?

Quieta en el umbral, Ingrid sentía en torno suyo los mil ruidos misteriosos de la casa.

El cric, cric de la carcoma de algún mueble ignorado, aquí y allá. El gotear del agua de un grifo mal cerrado. El rumor de las hojas en el jardín, al ser mecidas por el viento.

Todos aquéllos eran sonidos naturales. Incluso lógicos.

Pero hacían estremecer a Ingrid y no sabía por qué.

Se acercó a la cama y se dio cuenta, entonces, de un segundo detalle. Ella había escogido, sin darse cuenta, la habitación en la que en uno de los estantes estaba la colección de pelucas. Caso de haber recordado aquel detalle, hubiese elegido otra habitación. Pero no era eso sólo.

No bastaba dormir con ellas, con aquel detalle estremecedor, con las pelucas de una mujer muerta.

Es que, además… ¡faltaba una!

¡La recordaba perfectamente! ¡Una larga peluca negra, color ala de cuervo!

Los ojos de la muchacha, entre asombrados y curiosos, miraron la colección.

Habían sido siete pelucas. Ahora sólo había seis. Sus colores y tamaños eran de todas las características, e iban del pelirrojo al blanco.

Faltaba la negra.

La muchacha fue, silenciosamente, hacia el tocador, donde depositó la bujía. Y fue allí, pegado al cristal, donde distinguió el pequeño papel con unos signos escritos.

La tinta estaba ya casi borrosa.

Aquello debía haber sido escrito muchos años atrás.

Sin embargo, acercando la luz, aún se distinguían las letras perfectamente. Era una lista en francés. Una lista de los días de la

semana, y de la peluca que correspondía, según la distribución que de su tiempo hacía la dueña:

Domingo. — Campo. — Rubia corta.
Lunes. — Recepciones. — Blanca corta.
Martes. — Compras. — Rubia larga.
Miércoles. — Cócteles. — Pelirroja.
Jueves. — Teatro. — Negra larga.
Viernes. — Masaje y deporte. — Negra *garçón*.
Sábado. — Recepciones. — Blanca larga.

Los labios de Ingrid temblaron.

Por lo visto, la mujer que llevaba aquel tren de vida no dedicaba ni un solo minuto al trabajo. Debía haber sido un parásito como tantos y tantos nobles ingleses lo eran, también. Por eso Ingrid no había querido ser nunca como ellos. Por eso había ido con sus originales bajo el brazo, de editor en editor, desde los catorce años. Por eso trabajaba.

Pero los pensamientos que la ocupaban ahora, eran otros.

Hoy era jueves. Aún era jueves, porque no habían dado todavía las doce de la noche.

Correspondía la peluca larga negra.

¡Y era ésta la que faltaba! ¡La peluca larga negra!

La muchacha sintió que se le helaba la sangre. A pesar de toda su serenidad, a pesar de toda su experiencia en situaciones que parecían inexplicables, ahora los nervios le fallaron. Corrió a ciegas hacia el vestíbulo, a toda la velocidad que pudo, porque supo que en el vestíbulo había un teléfono.

No llegó a la puerta.

Ésta, entonces, antes de que ella la alcanzara, se abrió con un chirrido, lentamente.

CAPÍTULO VI

Ingrid se detuvo en seco, ahogando un grito de terror.

No había sido el viento.

No había sido, tampoco, un movimiento espontáneo de la vieja puerta.

Alguien estaba allí.

¡Alguien que la había estado observando!

Ingrid sintió que le zumbaban las sienes.

—¿Quién está ahí? —musitó—. ¿Quién? ¡Por Dios, hable!

Nadie respondió.

Pero Ingrid oyó el siseo de unos pasos que se alejaban, poco a poco.

Ella salió entonces al vestíbulo, también.

Ladrones, tenían que ser ladrones.

Resultaba estúpido pensar otra cosa.

En las escaleras le pareció ver una sombra que se esfumaba entre las tinieblas. La sombra fugitiva de una mujer vestida de negro. Pero esa mujer —le pareció apreciarlo—, no llevaba los cabellos largos, sino los cabellos cortos.

Ingrid, chilló:

—¡Oiga!

La sombra desapareció.

Y otra vez imperó el silencio, otra vez imperaron las tinieblas.

La soledad.

Y aquella oscura, extraña sensación de muerte.

—¡Oiga!

Ingrid se apoyó en la pared. No llevaba ni su bastón. Tanteando las sombras, fue descendiendo poco a poco.

—¡Oiga…!

Pero las paredes repitieron el eco de su voz. Nada más. Y los ojos de la muchacha se desencajaron casi al ver el teléfono rebrillar

quedamente en la planta baja.

Casi cayó de rodillas ante él. Levantó el auricular con un gesto ansioso.

Conocía muy bien el número del hotel Crillón, pues ella había vivido allí mientras buscaban alquilar una casa. Lo marcó a toda velocidad, como si de ello dependiera su vida.

—Oiga… ¡Oiga! ¿Hotel Crillón? ¿Ha visto si ha llegado ya el señor Stafford…? ¿Que no…? ¿Que todavía no ha retirado su llave…? ¡Por Dios! ¡Dígale que ha llamado Ingrid! ¡Apenas entre, dígaselo! ¡Que venga enseguida! ¡Que venga! ¡Que venga…!

Y colgó, mientras una corriente de frío le recorría la espalda.

De pronto, se volvió porque había tenido la sensación de que unos ojos la espiaban. De que la silueta de la mujer que antes había entrevisto, se encontraba ahora a su espalda.

Pero no había nadie.

Sólo el silencio y el relieve de los muebles.

El silencio…

Cuando Robin Stafford volvió a la casa, veinte minutos después, la encontró aún de rodillas ante el teléfono, muy quieta, con la mirada perdida, como si estuviese muerta.

CAPÍTULO VII

El superintendente Mulford, uno de los expertos más notables con que contaba la Sección de Homicidios de Scotland Yard, había examinado por centésima vez la lengua de acero del hacha con la que había sido decapitado el doctor Temple. Conocía cada particularidad de aquel instrumento de acero, cada reborde, cada línea como si lo hubiese fabricado con sus manos él mismo. Conocía también la historia de aquel instrumento desde el momento en que se aceró y salió de los altos hornos. Hubiera podido escribirla, punto por punto.

El hacha había sido fabricada por Johnson Brothers, que se dedicaban a herramientas agrícolas. Estaban establecidos en Sheffield desde hacía cien años y eran unos comerciantes perfectamente honestos. Y quizá fuera casual, pero jamás una de sus hachas había sido utilizada para un crimen… hasta ahora.

Según sabía Mulford, los Johnson fabricaban sólo la parte metálica del hacha, a la que daban tres calibres. Luego esas partes metálicas eran enviadas a diversos artesanos que fabricaban el hacha completa, acoplándole un mango. Los mangos podían ser más gruesos o más delgados, según el calibre del ojo del hacha. Ésta correspondía al calibre más delgado. También podían ser más largos o más cortos, según el uso a que se quisiera destinar la herramienta.

Mulford había seguido la pista artesano por artesano, hasta llegar al sitio donde tenía miedo de llegar: es decir a ninguna parte. Las hachas las compraban desde leñadores hasta carniceros, pasando por excursionistas y montañeros. Nadie llevaba un registro de ventas. Nadie se acordaba de nada especial. El instrumento del crimen, pues, no le iba a servir a Mulford para gran cosa, y Mulford lo sabía. No era de esos hombres que se hacen ilusiones tontas.

Por eso había investigado entre las relaciones del doctor Temple. Y se había encontrado con que el doctor Temple era soltero y tenía

algún lío, pero llevado dentro de los límites de la más elemental discreción. Con sus amiguitas, era un perfecto caballero. Las trataba con la mayor cortesía, las pagaba bien y no había motivo para que ninguna de ellas deseara matarle, sino al contrario. Más de una hubiera querido resucitarlo para que siguiese pagando.

Temple tampoco tenía deudas. Y no tenía enemigos.

Quedaba el confuso mundo de sus pacientes. ¿Se había equivocado alguna vez? ¿Le odiaba alguien, por ese motivo? ¿Podía llegar hasta el extremo de desear su muerte?

Éste había sido el nuevo campo de investigación para Mulford.

Y como Mulford era listo, paciente y llevaba más de cuarenta años trabajando en Scotland Yard, no dejó de lado ningún dato, sin pasarlo antes por la criba. Sabía muy bien que los éxitos de un policía dependen en un veinte por ciento de la inspiración y en un diez por ciento de la suerte, pero el otro setenta por ciento depende del método y solamente del método. Así repasó la lista de los clientes de Temple en los últimos dos años y descubrió que era cierta aquella máxima: «El abogado vive de sus errores, el médico los entierra y el periodista los publica». Temple había enterrado, probablemente, a dos enfermos que hubieran podido salvarse, caso de caer en manos más sabias. Pero los parientes no habían tenido motivos de queja contra él, porque gracias al error de Temple pudieron heredar. O sea que, de matarle, nada.

Un tercer individuo había muerto por un error de Temple, como millones de enfermos mueren cada año en todo el mundo por errores de los médicos, sin que nadie diga una palabra. Pero este último era un tipejo extraño, una especie de sacerdote del rito vudú que se reunía con los emigrantes de color de Whitechapel, y celebraba ceremonias más o menos secretas. El tipejo estaba enterrado y nadie más se había acordado de él. No tenía parientes. De modo que como no hubiera salido de su tumba para vengarse…

A estas desconsoladoras conclusiones había llegado Mulford cuando aquella mañana entró en el despacho del ministro del Interior, para hablarle de aquel inexplicable crimen. Y no es que el ministro del Interior se ocupara de todos los crímenes que se cometían en Gran Bretaña, porque hubiese andado listo, el pobre. Como para acabar en un manicomio antes de las próximas elecciones. Pero sí que le interesaban los crímenes cometidos en

Hyde Park, porque Hyde Park es uno de los sitios sagrados de Londres. Cualquier cosa que ocurra allí afecta a la ciudad y conmueve los viejos cimientos del extinto Imperio británico. Por otra parte, el ministro tenía una razón personal para interesarse en el caso: había sido muy amigo del difunto padre del doctor Temple.

—¿Qué noticias me trae? —preguntó al cansado Mulford, después de invitarle a fumar—. ¿Ha podido llegar a alguna conclusión, después de tres semanas?

—Desgraciadamente a ninguna, señor.

—¿Lo del arma, no nos lleva a ninguna parte?

—No, señor, por desgracia, no. Soy un viejo funcionario de la policía y conozco bien todos los recovecos. Por ahí no conseguiremos nada. Es un arma normal, no demasiado grande, pero sí muy eficaz, y que pudo venderse en cualquier parte del país. O incluso del extranjero, porque esas hachas se exportan.

—¿Y el mango qué? Ahí podían existir huellas…

Mulford menó la cabeza, con un gesto de pesimismo.

—Tampoco le encontraremos nunca, señor. Puede estar en cualquier sitio. Por el mango, aunque no tuviera huellas, identificaríamos al fabricante que terminó la herramienta, pero me temo que eso también será inútil.

—¿Las relaciones de Temple…? ¿Se ha podido conseguir algo por ese camino?

—También lo he cribado convenientemente, señor. No hay nada que hacer. Ni enemigos, ni acreedores, ni mujeres que le odiasen. En cuanto a los pacientes, tuvo algunos errores, pero sólo un viejo hechicero que practicaba el vudú, entre los emigrantes de Whitechapel, pudo tener algún motivo para desear vengarse de él. Sin embargo, el viejo no tenía parientes, y cuando Temple fue asesinado ya llevaba algún tiempo en la tumba. Como no haya salido de ella…

El ministro rió silenciosamente.

Pero sin ganas.

En sus facciones había un gesto de cansancio, cuando preguntó:

—¿Entonces no hay ninguna pista? ¿Nadie ha comprendido aún en el Yard, que las cosas que ocurren en Hyde Park conmueven a todo Londres? Los periódicos han callado de momento, ¿pero qué les diré cuando sus perros de presa vuelvan a remover la noticia?

Mulford depositó el cigarrillo sobre el cenicero, silenciosamente.

Y entonces decidió decirlo.

Le sabía mal.

Cuando la primera idea le quitó el sueño, había jurado que era absurda y que no se la comunicaría a nadie, pero, sin embargo, he aquí que se la estaba comunicando al propio ministro del Interior. Y lo más extraño era que Mulford sentía un gran alivio al hacer partícipe de sus inquietudes a alguien, al sacarse aquel peso de encima.

—La chica —musitó.

—¿Qué chica?

—La que descubrió el cadáver.

—¿Ingrid Loreley? ¿La escritora?

—Sí… La escritora millonaria. La que sufre una afección nerviosa que la obliga a andar con un bastón.

—La conozco perfectamente. Y conocí a su padre muy bien… Militaba en el partido conservador desde 1940. Bueno, ¿qué pasa con ella? ¿Va a soltarme que Ingrid mató a hachazos al doctor Temple?

Mulford se puso a reír.

Jamás había oído una suposición tan absurda.

—Por favor, señor ministro, estamos hablando en serio.

—Pues hable en serio. No me mezcle a esa chica si la chica nada tiene que ver.

—Es que da la casualidad de que conocía a Temple —dijo Mulford.

—¿Ella…?

—No, ella no… Es decir, ya me doy cuenta de que no acabo de expresarme bien. Ella podía conocer a Temple, pero no estoy seguro. En las declaraciones no lo dijo, y que yo sepa, nadie se lo preguntó. En cambio, su familia sí que le conocía.

—¿Se refiere al padre de Ingrid?

—Sí. Se da la casualidad de que jugaban juntos al golf. Y cuando el coche de *mister* Loreley sufrió rotura de dirección y se precipitó por los acantilados de Dover, Temple había estado jugando con él, media hora antes. Fue, incluso, la primera persona que bajó al fondo para atenderle pero ya nada se podía hacer. *Mister* Loreley estaba convertido en pedazos.

—Lo sé, lo sé… Pero eso no significa que Ingrid tenga nada contra Temple.

—Nadie ha dicho eso.

—¿Pues qué quiere indicar?

—Pensaba en su madre.

—¿Su madre? ¿La de Ingrid?

—Sí.

—¿Qué pasa con ella?

—Usted sabe que desapareció. *Mister* Loreley no hablaba jamás de su paradero.

—Claro que lo sé… *Mister* Loreley llevaba con enorme dignidad su infortunio. Era un auténtico caballero británico de la vieja escuela, de eso no cabe duda. Muchos hombres, por desgracia, sufren el abandono de su mujer, sobre todo si ésta es joven y guapa como lo era la madre de Ingrid. Pero se quejan, hacen denuncias, piden el divorcio y arman el gran escándalo en los tribunales. *Mister* Loreley no. Se limitó a no volver a hablar de su esposa, aunque jamás retiró su retrato de entre los cuadros de la familia. Como si no hubiera pasado nada, ¿sabe? A su esposa se la tragó el tiempo.

—No se la tragó el tiempo, señor ministro.

La voz de Mulford había sonado seca y lejana.

El ministro arqueó una ceja.

—¿No? —musitó.

No había podido evitar algo estúpido. No había podido evitar que un leve estremecimiento le recorriera la espalda.

—Está en un sitio muy concreto —dijo Mulford, al cabo de unos segundos de silencio—. Mejor dicho, estaba.

—¿Dónde?

—En el manicomio de Sandrighan, señor ministro. En el manicomio de Sandrighan, en la sección de locos peligrosos, pero ya no está allí. He sabido que desapareció, hará cosa de cinco semanas…

CAPÍTULO VIII

El bosque de Bolonia, en París, no es, por supuesto, como el Hyde Park de Londres. Mientras que este último es, dentro de su magnitud, un lugar agradable y tranquilo, una especie de oasis en el bullicio de la ciudad, el bosque de Bolonia tiene a la ciudad dentro de sus entrañas. Las vías rápidas que lo atraviesan están atiborradas de coches que hacen competiciones de velocidad, los ruidos llegan a todos sus rincones y el hipódromo de Longchamps o el estadio del Parque de los Príncipes atraen a él ingentes cantidades de público. El bosque de Bolonia es un sitio demasiado animado, donde ya no está tranquilo nadie.

Sin embargo, todo cambia cuando caen sobre su enorme extensión las sombras de la noche. Las avenidas se vacían, los caminillos quedan desiertos. Sombras furtivas se mueven, a veces, rasgando la luz, pero desaparecen en seguida. Pocos se arriesgan por aquella soledad, porque están expuestos a cualquier cosa. Sólo las lamparitas azules, de las que basta romper el cristal para que la policía acuda, son la defensa de los paseantes. Pero representan una defensa bastante ilusoria, porque más de uno ha roto el cristal, con sus últimas fuerzas, justo antes de morir.

Pocos son, pues, los que se arriesgan por el bosque de Bolonia de noche, a menos que vayan en su automóvil. Pero Lucrecia Mills lo hizo, porque tenía una razón importante. Lucrecia Mills no tenía miedo tampoco a las soledades del bosque de Bolonia, que conocía como la palma de su mano.

Y la razón era importante.

Vivía de esas soledades.

Ganaba dinero gracias, precisamente, a que el bosque de Bolonia, es, por la noche, un lugar tan peligroso.

Enfundadas las piernas en sus altas y modernas botas, luciendo su cuerpo elástico, pero quizá excesivamente delgado, balanceando

las mangas muy anchas de su chaquetón de cuero comprado en la última tienda pop, Lucrecia Mills avanzó hacia la zona en que tenía que encontrarse con Gerald. Porque Lucrecia dirigía un grupo de asaltantes nocturnos, un auténtico *gang* al que ella traía víctimas, por lo general, hombres, que creían ir a vivir una aventura. Los tres hombres que formaban el *gang* solían traer, por el contrario, muchachas aficionadas a la droga y que resultaban extraordinariamente fáciles de engañar. Por lo general, si eran bonitas, las ultrajaban después de despojarlas de todo. La misma Lucrecia había participado, a veces, en alguno de aquellos macabros festines, pues ella no era lo que se dice una apasionada admiradora del sexo opuesto, sino más bien todo lo contrario.

Ahora iba a encontrarse con Gerald para discutir las posiciones en que debían situarse todos, aquella noche. Podía ser una gran jornada, puesto que los hoteles de París estaban llenos a rebosar de comerciantes estúpidos llegados de todo el mundo para una convención internacional de supermercados. Al menos un par de ellos quedarían deslumbrados, cuando una chica de largas piernas y altas botas les insinuase que podían pasar de verdad la gran noche francesa que ellos habían soñado cuando compraron el billete para una convención que, en el fondo, les importaba un rábano. El éxito era seguro.

Llegó al sitio en que tenía que esperarla Gerald.

Pero Gerald no estaba allí, aunque tampoco era de extrañar eso, porque no solía ser puntual. Si encontraba unas faldas que le gustasen, se iba detrás de ellas. Y a Lucrecia Mills, por razones muy personales, no se le había ocurrido reprochárselo nunca:

Decidió esperar un poco.

Ella no corría ningún peligro, allí.

El bosque de Bolonia era su feudo, su pequeño imperio de la noche.

Aguardó unos minutos y, al fin, se impacientó. Gerald llevaba más de un cuarto de hora de retraso. Ella no podía quedarse allí toda la noche, expuesta a que un policía le echase el ojo encima.

Al fin decidió ir a buscarlo.

Tenía que estar en el bar de Montier, al otro lado de la carretera que llevaba a la Porte Maillot. Seguro. El muy imbécil se habría olvidado de la hora.

Anduvo unos pasos.

Sus dientes rechinaban de rabia.

Ella tenía carácter de hombre y gustos de hombre. Ya vería Gerald lo que le esperaba por hacer el idiota de aquel modo. Sus altas botas marcaban el paso rabiosamente, como si Lucrecia Mills fuese a una posición militar.

Y, de pronto, tropezó con algo.

Se detuvo.

Y supo entonces que había encontrado a Gerald.

Por los ojos de Lucrecia Mills pasaron mil chispitas negras, mil chispitas de horror. De pronto, sus piernas largas y elásticas vacilaron. Sintió que se clavaba las uñas en las palmas de las manos desesperadamente.

La cabeza de Gerald… había sido separada del tronco…

Los ojos de Lucrecia Mills dieron vueltas en sus órbitas.

Aquella visión pareció repercutir una y mil veces en su cerebro.

Algo le dijo que aquello no era posible, que no estaban en la Edad Media, sino en el bullicioso París de 1974. Creyendo vivir un sueño macabro, se inclinó, incluso, para tocar la cabeza de Gerald.

Y de ella, aún manaba la sangre…

Con los ojos terriblemente dilatados, enmudecida por su propio horror, Lucrecia Mills miró en torno.

Y entonces la vio.

El hacha…

¿Pero qué había de particular en ella? ¿Por qué le pareció que nada de aquello era lógico? ¿Por qué pensó: «No puede ser»?

¿Qué vieron sus ojos?

Pero no distinguió sólo el hacha.

Distinguió también aquella mirada quieta.

Y aquella boca.

Y oyó el susurro de los zapatos planos, al avanzar…

Sintiendo que todo vacilaba, sintiendo que la abandonaba su audacia, Lucrecia Mills alzó sus manos en una especie de muda súplica.

La lengua de acero vino hacia ella.

Ninguna súplica sirvió.

El primer golpe le hendió la cabeza.

El segundo casi la separó del tronco.

Lucrecia Mills cayó junto a Gerald. La sangre de ambos avanzó, milímetro a milímetro, por el suelo del bosque de Bolonia.

Luego los pasos se alejaron.

Dejó de oírse, también, el sonido de aquella respiración jadeante.

Dejó de verse el brillo del hacha.

CAPÍTULO IX

El inspector Renaudot, de la Sûreté Nationale, miró las fotos que tenía encima de la mesa. A pesar de toda su experiencia en los *affaires* sangrientos que proporcionaba una capital tan agitada como París, no pudo evitar una cierta sensación de escalofrío. Aquellos dos muertos juntos, caídos uno junto al otro, le hacían pensar en una oscura matanza de la lejana Edad Media. En un oscuro asunto de brujería, de encantamiento, de aquelarre. En todas esas cosas que un policía consciente y de cabeza ordenada, no quiere pensar.

Su mano retiró las fichas de los dos muertos. Gerald Batrou era un maleante de la peor estofa: salteador nocturno, atracador y sospechoso de haber violado a alguna mujer. En cuanto a Lucrecia Mills, no le iba a la zaga. Estafadora, ladrona de grandes almacenes, atracadora nocturna y participante también, al parecer, en algunos asaltos sexuales a mujeres, ya que los hombres no eran precisamente su punto débil.

Desde cierto punto de vista, bien muertos estaban. Pero toda aquella macabra orgía de sangre… ¿por qué?

Descolgó el teléfono y pidió:

—Que me traigan los antecedentes del caso Temple.

Había leído las noticias acerca del asesinato, poco tiempo antes, de un médico en Hyde Park, y hasta había recibido una petición de la Interpol, para que fueran vigiladas un par de personas sospechosas… Como los dos casos eran muy similares, decidió investigar a fondo todo aquello.

Resultado de sus investigaciones, fue que al medio día tomaba un avión para Londres. A las cinco de la tarde estaba tomando el té con el superintendente Mulford en un confortable despacho donde parecía no haber nada que hacer, como si los barrios bajos de Londres se hubieran convertido, de pronto, en el paraíso terrenal. Como si allí nadie robara un cortaplumas.

Mulford transmitió a su colega francés el resultado de las investigaciones y los dos llegaron a la conclusión de que se trataba del mismo asesino. El que había matado a Temple en el Hyde Park de Londres, había matado también a los dos maleantes en el bosque de Bolonia de París. Muchos datos esenciales encajaban.

—Por ejemplo, el hacha —dijo Renaudot—. Hemos encontrado la pieza de acero, cuyo calibre es exactamente el mismo que el del hacha que usted encontró. Es decir, tuvo que ser utilizado el mismo mango, pero el mango también ha desaparecido. Usted no lo encontró y yo tampoco.

—El asesino de Londres pudo llevárselo a París, —dijo Mulford, con una frase cargada de lógica—. Y muy posiblemente le tenga aún en su poder para cometer otro asesinato similar. En cualquier sitio. ¿Quién sabe si en Roma o en Varsovia?

—Cierto —musitó Renaudot—. Y no podemos detener a cualquiera que posea un mango de hacha que, además, se ocultará en cualquier sitio.

—Sin embargo —opinó Mulford—, tenemos el dato de las hojas de acero empapadas en sangre. La de Londres y la de París eran exactamente iguales. Y fabricadas por la misma marca. Creo que hemos de ejercer un riguroso control en los puntos de venta.

—Me temo que sea inútil. Esos instrumentos —cinco o seis por ejemplo, ¿quién sabe?—, pueden haber sido comprados hace meses y estar esperando turno para su utilización.

Mulford se estremeció.

Cinco o seis…

Prefería no pensarlo.

Pero un policía consciente y con experiencia, un hombre que lleva más de cuarenta años al servicio de Scotland Yard siempre está esperando, y por eso susurró, al cabo de unos instantes:

—¿Quién descubrió los dos cadáveres en el bosque de Bolonia?

—Nadie… Bueno, es decir… Fueron los servicios de vigilancia de una ronda rutinaria.

Mulford pensó que en Hyde Park el cadáver lo había descubierto Ingrid Loreley.

—Ingrid Loreley está ahora en París, ¿verdad…? —musitó.

—¿Quién…?

—Ingrid Loreley —dijo, tendiendo a Renaudot al teléfono—.

Llame al Departamento de Inmigración de su país y lo sabrá. Si los servicios administrativos son de verdad eficientes, puede tener la respuesta en cinco minutos.

Renaudot tuvo la respuesta en diez. Ingrid Loreley, en efecto, estaba en París y había vivido en el hotel Crillón. En aquel momento se ignoraba su dirección exacta.

—¿Es que esa mujer puede tener algo que ver…? —preguntó Renaudot, confuso, al colgar el teléfono.

—¡Oh, no…! Se trata de una simple casualidad. Pero vuelva a París tranquilo, querido colega, ahora que ya sabe que nos enfrentamos al mismo criminal los dos. Esta misma noche pienso hacer una investigación personal en el condado de Kent. El resultado, lo puede tener mañana…

CAPÍTULO X

Mulford, hombre meticuloso, consiguió aquella misma tarde una orden judicial y cuando ya en Londres estaban encendidas todas las luces de todos sus locales nocturnos tomó su coche privado y se dirigió a la costa. El condado de Kent, que parece un dedo de Inglaterra apuntando hacia Europa, se extiende al sureste de Londres y es uno de los más apacibles del país. En él se encontraba la mansión tradicional de los Loreley.

En la actualidad, aquella mansión estaba deshabitada.

Y no era para menos.

Muerto el dueño en accidente, recluida la dueña en un sanatorio mental, instalada la hija en París, ¿quién infiernos iba a vivir allí? ¿A quién iba a encontrar Mulford, mientras hacía una investigación puramente privada?

Dejó el coche estacionado ante la puerta y entró en el solemne edificio, tras emplear las llaves que le habían dado en el mismo juzgado, y que estaban depositadas allí desde la muerte de *mister* Loreley. Sin ninguna prevención, encendió las luces, puesto que estaba realizando un acto absolutamente legal. Y miró en torno suyo.

Nunca había estado allí.

Era una casa solemne, señorial, pero un poco siniestra; con ese extraño sabor a cosa pasada y a muerte que tienen las casas señoriales no modificadas desde hace más de cien años.

Una cosa le llamó la atención en seguida: la magnífica galería de retratos, que estaba colocada en la pared de la escalera principal. Allí estaban los antepasados de Loreley y de su mujer. Allí había, también, una fotografía enmarcada, casi junto a las puertas del piso superior.

Los ojos expertos de Mulford fueron recorriendo todos aquellos retratos.

Los Loreley no eran una familia muy antigua; se conservaban recuerdos de ella sólo desde unos años antes de la Revolución francesa. Por lo tanto, había sólo unos dieciséis cuadros, contando los de las mujeres que habían emparentado con ellos. Por lo que el policía pudo observar en algunas caras, los Loreley se casaban casi siempre con sus primas. Por lo tanto, la actual esposa fugitiva de un manicomio y el difunto Loreley, tenían bastantes antepasados comunes.

Pero no fue eso sólo lo que observó Mulford.

Sus ojos expertos habían recorrido miles de fichas policíacas.

Habían mirado a miles de hombres y mujeres.

Unos normales. Otros medio trastornados. Y otros, rematadamente locos.

Él conocía ya la chispita de la locura en muchos rasgos, en muchos detalles. Y quedó helado viendo aquellos cuadros, mientras sentía que una especie de corriente eléctrica pasaba por su espalda.

Allí podía estar la clave.

Allí, en aquellos cuadros que le miraban desde más allá del tiempo.

Porque él había conocido ya las líneas de la locura en aquellos rasgos. Bastantes de los antepasados de Ingrid Loreley debieron ser anormales, aunque en aquella época, y por considerarse la locura una vergüenza familiar, los anormales no eran cuidados ni denunciados y permanecían en el seno de sus familias, si éstas eran ricas. Y en oscuras mazmorras si las familias eran pobres. Durante casi dos siglos, los Loreley habían pasado por el mundo arrastrando una serie de fuertes taras mentales sin que eso hubiera transcendido al exterior. Sólo los pintores, con el agudo sentido de observación de los artistas, habían ido dejando plasmado el secreto en sus cuadros.

La madre de Ingrid parecía normal.

¿Y por qué había huido de él?

Mulford apretó los puños, mientras sentía un sabor espeso en la boca.

Allí podía estar el secreto de todo. Y en el fondo…, ¡era tan sencillo! ¿Cómo no lo había comprendido antes? ¿Cómo no se había dado cuenta de que todos los crímenes, por enrevesados que parezcan, tienen una explicación elemental?

La solución era ésta: buscar a la fugitiva. Una sencilla orden: «Buscad a la mujer que ha huido del manicomio de Sandrighan».

Decidió llamar, desde allí mismo, a la Sección de Homicidios del Yard. Tenía que haber un teléfono en el piso superior. Siguió ascendiendo hasta llegar junto a la fotografía situada en último lugar.

Allí había dos niñas gemelas.

Eran muy pequeñas. En una graciosa foto, el hombre de la cámara había sabido situarlas muy bien, una junto a la otra.

Pero Mulford sintió un nuevo estremecimiento. El frío llegó de nuevo hasta el fondo de sus huesos.

Reconoció la cara, puesto que el tiempo no la había hecho cambiar demasiado. Era la de Ingrid. ¿Pero cuál de las dos era Ingrid? Porque él era el primero en no saber que la muchacha tenía, o había tenido, una hermana gemela.

Los Loreley siempre habían hablado de una descendiente.

No de dos.

Pero entonces, ¿quién era la otra? ¿Dónde estaba? Y, sobre todo: ¿cuál de las dos era la Ingrid que él conocía?

¿LA LOCA O LA OTRA?

Porque una de las dos niñas era normal, pero la otra tenía en sus rasgos todas las huellas de la anormalidad mental que habían recogido los cuadros situados un poco más abajo. No cabía duda, viendo aquello, de que de las dos niñas una había nacido sana, pero la otra no. Y la que no había nacido sana, ¿era tal vez la que luego llegó a convertirse en Ingrid, una escritora de cierto renombre?

Mulford volvió a sentir un estremecimiento.

Sí, eso era posible. La cara de Ingrid no reflejaba ninguna anormalidad, pero podía haber cambiado. Podía ser, también, una loca peligrosa, y sin embargo, haber superado brillantemente sus estudios y lograr incluso escribir muy bien. Muchas veces las anormalidades mentales tienen poco que ver con el índice de inteligencia.

Mulford notó que sudaba.

No sabía por qué, pero sentía miedo. Y eso era ridículo. ¡Él, un veterano del Yard, asustándose como si fuera un chiquillo…!

Pero tenía que telefonear cuanto antes. Tenía que resolver aquel asunto cuando aún no se había producido ninguna víctima más.

Abrió la puerta.

Y, de pronto, sus ojos se dilataron.

Una corriente fría volvió a pasar por su espalda.

Las manos temblaron en el aire.

Porque había visto el hacha.

El hacha…

¡EL HACHA!

Y había visto lo que existía de anormal en ella.

De pronto, lo había comprendido.

Todas las horribles respuestas estaban allí.

Ante sus ojos asombrados.

Ante su boca abierta…

Ante su sensación de muerte.

Porque unos ojos muy abiertos le miraban, también.

Unas manos se movían.

Alzaban el hacha…

La abatieron…

Y luego se produjo el silencio.

Un silencio atroz.

Un silencio sólo roto por un gotear siniestro.

Mulford, o lo que quedaba de él, rodó escaleras abajo.

Al cabo de unos instantes, alguien le miró desde arriba. Alguien que llevaba unos zapatos planos con una hebilla roja.

CAPÍTULO XI

El vuelo de Air France Londres-París terminó feliz y rutinariamente en el aeropuerto de Orly, mientras en la torre de control dejaban de prestar atención al aparato, para dedicarse a otros de los muchos aviones que sobrevolaban por aquel cielo congestionado de tráfico. Los pasajeros descendieron y pasaron con rapidez los trámites policiales y de aduana, dirigiéndose cada uno a su trabajo o a su alojamiento. Los aviones Londres-París son un poco como tranvías, de modo que muchos hombres de negocios los toman por la mañana y los vuelven a tomar de regreso por la noche. Y el hombre que tomó un taxi y dio una determinada dirección del barrio de Passy, parecía, efectivamente, un hombre de negocios que tuviera mucho que hacer en la capital francesa.

Al bajar del taxi, contempló admirativamente la casa alquilada por Ingrid.

Él tenía gusto. Apreciaba las cosas de calidad y que tenían «sello». Casas como aquélla ya no se encontraban en muchos sitios del sobrecargado París. Y eso que esta ciudad es una capital donde se procura respetarlo todo.

Llamó a la puerta.

Una mujer, joven, bonita, de líneas suaves y, al mismo tiempo, penetrantes, le abrió al cabo de unos instantes. Lástima que una mujer como aquélla, tan seductora, tuviese que utilizar un bastón para andar.

Claro que el hombre que acababa de llegar a París no pensaba, precisamente, en la seducción al ver a Ingrid Loreley.

Ella le echó los brazos al cuello, mientras gritaba llena de alegría:

—¡Tío James!

James Loreley, el único hermano del padre de Ingrid, entró. Era bastante más joven que el difunto, de modo que hubiera podido

pasar dignamente por un marido o un novio, ya un poco maduro, de la muchacha. La levantó en brazos, con alegría, haciéndole soltar casi el bastón, y la llevó hasta una de las butacas de la bien iluminada sala.

Los ojos de Ingrid irradiaban alegría.

Se notaba que, para ella, era importantísimo que una persona amiga rompiera su soledad.

—Tío James… —rió—. ¿Cómo es que has venido?

—Quería verte. Soy tu único pariente, ¿no?

—Es cierto, pero llevabas meses sin acordarte de mí.

—No digas que no me he acordado de ti. ¿Sigues mi tratamiento?

—Al pie de la letra. Por cierto, leí tu discurso de ingreso en la Academia de Medicina. Fue muy brillante.

—A mí me pareció un tostón —dijo él.

—Bueno —rió nuevamente, ella—, había bastantes palabras que no logré entender. Pero eso es normal, ¿no te parece?

James Loreley cruzó las piernas.

Como médico que hubiera podido ganar mucho dinero, pero que se dedica a la investigación y, en consecuencia, tiene pocos clientes, no andaba lo que se dice muy boyante de fondos. Para otro ciudadano cualquiera, hubiese podido parecer muy rico, mas para el nivel de los Loreley, estaba algo bajo. Ingrid dijo, con la mayor delicadeza:

—Por cierto, estaba a punto de enviarte el cheque de quinientas libras por los volúmenes que me remitiste.

Él negó con la cabeza.

Había una suave tristeza en su voz, cuando dijo:

—Los libros que te envié no valían esa suma, Ingrid. Valían diez veces menos. Ya he notado que con regularidad me pides que te envíe ciertos libros de investigación y luego me los pagas espléndidamente, con el propósito de ayudarme de una forma delicada. Pero eso se terminó, Ingrid. Me gano bien la vida. He venido precisamente a decirte que voy a abrir un consultorio en Chelsea.

—¡Tío James, eso es magnífico!

—La investigación no da dinero. Triste es tener que reconocerlo así.

—Pues conmigo siempre has acertado. Me encuentro muy bien.

—Es que no soy un mal médico —dijo él, riendo—. Y pienso forrarme en poco tiempo, claro. ¿Tienes un cigarrillo?

Ella le tendió un paquete que tenía a su alcance, sobre la mesa.

—Toma —ofreció—. Oye… Tú sigues haciéndote los zapatos a medida, ¿eh? Siempre con hebillas rojas.

—Es mi manía. Unas hebillas rojas de madera fina. Dan un tono de calidad.

—Naturalmente —susurró Ingrid—. A mí me gustan.

Por cierto…, ¿qué sabes de mamá? Yo no la he visto desde antes de venir a París.

—Tampoco yo la he visto. Ya sabes que está bien. Bueno, lo supongo. Desde Sandrighan, no escribe casi nunca.

Los ojos de Ingrid se nublaron un momento. No cabía duda de que aquélla era una de sus pesadillas; una de las dos obsesiones que amargaban su existencia. Con voz que quería ser animosa, dijo:

—Ella no quiere que vaya, pero yo pienso ir a verla.

—Por supuesto que sí… Incluso me gustaría acompañarte. ¿Tienes fósforos?

—Caramba, ni eso llevas…

—Los he olvidado. Menos mal que no me dedico a la cirugía, porque si no sería de esos tíos que se olvidan las tijeras en el vientre del operado. Mira, allí tienes.

Él mismo se levantó para recogerlos. Estaban junto a un paquete sin abrir. Ese paquete se hallaba envuelto en un papel impreso un tanto curioso, porque en él no había más que la cara de un mismo hombre, repetida cien veces.

James Loreley, murmuró:

—Caramba, la cara del doctor Temple…

—Lo acabo de recibir —dijo ella.

—¿No lo has abierto?

—No.

Y volvió la cabeza. Parecía molestarle aquel tema de conversación. Se tenía, al mirarla, la confusa sensación de que aquel paquete le daba una especie de miedo.

James Loreley desvió la conversación.

—La casa es magnífica, pero estás demasiado sola aquí —dijo.

—¿Sola…? Bueno, no del todo.

—¿Quién viene a verte?

—Hay una asistenta por las mañanas. Por cierto, ahora acaba de irse. Luego viene Robin Stafford, mi prometido. Y, últimamente, he contratado a una joven encantadora para que me haga compañía por las tardes. Se llama Wanda.

—¿Una doncella distinguida?

—Bueno, algo parecido a eso. Se trata de una estudiante que buscaba un trabajo en París. Ella también es inglesa.

James Loreley dio una lenta chupada a su cigarrillo, antes de musitar:

—No sabía que estuvieras prometida a Robin Stafford.

—¿No te lo dije?

—No.

La voz del hombre había sido seca. Ingrid se sonrojó levemente.

—En fin… —dijo—, se trataba de un pequeño secreto. Como aún me siento muy afectada por la horrible muerte de papá, no he querido hablar de amoríos. Pero pronto lo conocerás, si quieres.

—No hace falta. El simple nombre de Robin Stafford es garantía suficiente. No viviréis juntos, supongo.

—Oh, no… Yo soy una chica que aún conserva la moral y él es un hombre muy discreto.

—¿Dónde está ahora?

—En Cherburgo. Tiene trabajo en unos astilleros y todos los fines de semana viene a París.

—¡Ah…!

—Es un trabajo distinguido, puedo asegurártelo.

—Nadie lo duda. ¿Pero quién se ocupa, mientras tanto, de sus negocios en Londres?

—Supongo que envía cartas y telefonea… Además, tiene allí varios gerentes que cuidan de todo. Ya sé que para él es un sacrificio estar aquí junto a mí, perdiendo en cierto modo el tiempo, pero no quiere dejarme. No sabes lo que eso significa para una chica como yo.

—Lo comprendo. Precisamente eso tiene mucho valor, en una época en que los hombres ya no hacemos sacrificios por las mujeres. Por cierto, yo voy a pasar, de regreso, por Normandía y le saludaré, si a ti no te sabe mal. ¿En qué astilleros trabaja?

—Los Tixier-Granville.

—Y cuando viene a París, ¿dónde se aloja? Porque supongo que no dormirá en esta casa…

Había hablado con voz escandalizada. Tanto, que su sobrina lanzó una carcajada de ecos argentinos.

—¡Qué chapado a la antigua eres, tío James! Si quisiéramos hacer algo malo no haría falta encerramos aquí. Pero no te preocupes, porque Robin es también un hombre de costumbres británicas. Cuando viene, se hospeda en el hotel Crillón.

—Ése es un detalle que me gusta —dijo Loreley, dando una nueva chupada a su cigarrillo—. ¿Ves? Ése es un detalle digno de un caballero.

Estuvieron hablando de algunas otras cosas indiferentes y luego él llevó a comer a su sobrina a un restaurante de la rue Montmartre. Cuando terminaron, la acompañó a casa ya que a la muchacha le costaba andar, como bien sabía él. Luego, James Loreley se despidió prometiendo volver.

Una línea de preocupación cruzó, entonces, su rostro.

Ya no trataba de disimular.

Lo primero que hizo, fue dirigirse a una sucursal de la compañía telefónica. Pidió una conferencia con Cherburgo, con los astilleros Tixier-Granville.

Lo primero que le dijeron fue que los astilleros Tixier-Granville no existían.

La línea de preocupación se acentuó aún más, en la frente de James Loreley, el único pariente que tenía la muchacha.

Llamó, entonces, al hotel Crillón, y preguntó por el señor Robin Stafford.

Le contestaron que en aquel momento no estaba, pero que seguramente no tardaría en volver.

—¿Por lo tanto, no ha dejado su habitación? —preguntó James.

—Oh, no, señor…

—¿Vive ahí habitualmente?

—Claro…

—¿Toda la semana?

—Toda la semana, señor. ¿Hay algo de extraño en ello?

—Nada… Perdone que le haya molestado. No le deje ningún recado, porque llamaré más tarde. Gracias.

Cuando colgó el teléfono, la derecha de James Loreley temblaba

ligeramente.

Ahora ya sabía que lo de Cherburgo era un cuento chino. Robin Stafford no se movía de París. ¿Por qué engañaba a Ingrid?

Volvió a pedir una conferencia, ahora con el despacho de Robin Stafford en Londres. Conocía el sitio muy bien, puesto que había estado en él varias veces por asuntos de negocios. Cuando le contestaron, preguntó:

—¿El señor Robin Stafford?

—Sí. ¿Desea hablar con él?

—¿Es que está ahí?

—Claro. ¿Por qué no había de estar?

—Perdone, pero yo creí que…, que se encontraba de viaje en París, últimamente.

—No, señor, no se ha movido de aquí. Precisamente el señor Stafford tuvo una caída de caballo jugando al polo y no anda bien. ¿Quiere que le dé algún recado? ¿De parte de quién…?

La amable telefonista esperó en vano la respuesta James Loreley había colgado.

Una palidez cerúlea cubría sus facciones.

Quedaba bien claro que Ingrid estaba siendo miserablemente engañada.

Ingrid no conocía personalmente a Robin Stafford, y alguien se le había presentado asegurando ser él.

¿Pero quién? En nombre de todos los infiernos… ¿Quién…?

CAPÍTULO XII

El hombre atravesó la calle y llamó con la sonrisa en los labios a la puerta de la elegante casa de Passy. Instantes después, le abrieron la puerta.

La que le franqueó el paso no fue Ingrid, sino una esbelta, maciza y tentadora muchacha inglesa de unos veinte años. Ya se sabe lo que todo el mundo dice por ahí: las inglesas no suelen ser guapas, pero la que lo es, lo es a rabiar. Y ésta lo era, por todos los demonios. Ésta lo era.

Lástima que tuviera en su boca aquella sonrisa en cierto modo desdeñosa. Lástima que mirara al recién venido con el desinterés con que se mira a un tipo que ha llamado para pedir limosna.

—Buenas noches, señor Stafford —dijo.

El joven entró. Vestía impecablemente, como siempre. Hizo exhibición del ramo de flores que llevaba en la mano izquierda y preguntó, con una sonrisa:

—¿Dónde está Ingrid?

—En la sala. Le he estado haciendo compañía desde las seis.

—Parece que lo diga usted con desgana. Ésa es su obligación, ¿no?

La hermosa muchacha se encogió de hombros.

—No sé qué decirle. Yo acepté este empleo para poder estudiar, y ella no me deja. Toca al piano continuamente. Parece obsesionada por el *Concierto de Varsovia*.

—Si toca el piano, no creo que sea demasiada molestia para usted —dijo él, con cierta sequedad—. Dudo que encontrara en París un empleo más tranquilo y mejor pagado que éste, para que, encima, parezca usted la reina e Ingrid la sirvienta:

La situación entre los dos se había vuelto tensa. Ella hizo un mohín de desdén que ya no trataba de disimular. Fue en aquel momento cuando oyeron el sonido del bastón.

Ingrid apareció en el umbral del vestíbulo.

Intentó aliviar aquella tensión, con una sonrisa.

Y lo consiguió, porque Ingrid era simpática, de eso no cabía duda. Con la voz de una perfecta señorita inglesa, dijo:

—¿Por qué te has de enfadar con Wanda? Tú la trajiste, al fin y al cabo, querido…

—La traje porque me la recomendaron en una agencia, pero me estoy dando cuenta de que eso no es ninguna garantía. Tengo miedo de que no te atienda como tú mereces.

—¿Pero qué ideas son ésas? ¡Claro que me atiende! ¡Y a la perfección! Wanda es una de las mejores acompañantes que he tenido. Lo que ocurre, es que tú no encuentras nada perfecto.

—Quizá no me perdona el que sea inglesa —dijo Wanda, con marcada impertinencia—. Quizá una francesita le hubiera gustado más.

Él apretó los labios.

Dijo, secamente:

—¡Váyase!

Estaba claro que no congeniaban, a pesar de que él la trajo, como un gran hallazgo, unos días antes. Y era culpa de Wanda, no cabía duda. Pero Ingrid no estaba dispuesta a perder sus escasos minutos de dicha, por una cuestión así.

Cuando la otra muchacha hubo desaparecido, susurró:

—Lo siento… No debes preocuparte por Wanda. ¿Pero cómo has venido tan pronto de Cherburgo, esta vez? ¿No hay trabajo?

—Un proyecto ha quedado paralizado —dijo él—. Por eso he aprovechado el paréntesis para venir a verte.

—Estaba impaciente. Iba a telefonearte, ¿sabes?

—Ya te dije que era inútil. Están tendiendo líneas telefónicas nuevas en toda la zona y aún no se puede comunicar. Por eso no te llamo yo tampoco… ¿Quieres que te invite a cenar, Ingrid?

—Oh, me gustaría más quedarme en casa. Precisamente he comido demasiado tarde.

—¿Sola?

—No. Ha venido a verme, inesperadamente, tío James, el único hermano de mi padre. Tú no le conoces, pero he de presentártelo un día.

—No corre prisa —dijo él para añadir, rápidamente—: ¿Te ha

llevado a comer?

—Sí, a Montmartre. De todos modos, si quieres que tomemos sólo algo ligero, me encantaría salir contigo, Robin.

—Pues eso está hecho.

—Que venga también Wanda —sugirió Ingrid.

—¿Esa estúpida?

—Ya sé que perdemos un poco de intimidad, pero no vamos a dejarla sola en esta casa…, en esta casa tan siniestra.

—De acuerdo, que venga —admitió él—. ¿Qué te pones?

—No sé… Lo podría elegir en el guardarropa.

—Pero el guardarropa está arriba… No te preocupes, iré yo. ¿Qué te parece aquel conjunto negro de falda larga y chaqueta?

—Si a ti te gusta, también me gusta a mí —dijo, sumisamente, Ingrid.

El joven subió al piso superior. También a él le impresionaron aquellos cuadros, aquel silencio, aquella quietud. No supo por qué. También a él le impresionaban, a pesar de todo, aquellas habitaciones vacías, desde las que siempre parecía estar acechando alguien.

Todo estaba en silencio.

Pero el silencio fue roto en seguida.

Un taconeo suave, elegante, vino hacia él.

Una figura de mujer se deslizó en las sombras.

Una piel tan fina como sólo la puede tener una inglesa de alta clase, acarició la piel del hombre.

Unos labios besaron los suyos.

Y él besó también apasionadamente los labios de Wanda.

CAPÍTULO XIII

¿Cuánto duró aquel beso? ¿Un par de segundos? ¿Un minuto? ¿Un siglo?

Ninguno de los dos hubiera sido capaz de decirlo, cuando se separaron sus bocas. Pero tenían el aliento entrecortado, las facciones ligeramente enrojecidas, las manos trémulas. La pasión les sacudía, y esa pasión era tanto más fuerte, cuanto más la tenían que disimular.

Wanda susurró:

—¿Cuánto va a durar esto, John?

—No lo sé, Wanda. No lo sé…

—Te dije que prefería no conocerla. ¿No te das cuenta de que esto es un sufrimiento insoportable para mí? Sé que te comportas como un novio. Sé que, a veces, la acaricias… La besas…

—Con sinceridad, sólo te acaricio y te beso a ti, Wanda.

—Pamplinas. Lo hagas con sinceridad o no, lo cierto es que con ella también lo haces. Y tiene buenas curvas, la muy condenada. Seguro que, con sinceridad o sin ella, las has calibrado bien.

—El único sistema para que una chica millonaria como Ingrid te admita en su intimidad, es ser su novio —dijo tranquilamente John —. Y el único sistema para ser su novio es decir que uno se llama Robin Stafford.

—Siempre la manía de grandezas en esa gente…

—El mundo en que la han criado, es así. Ella no tiene la culpa.

—Lo sé, pero me duele toda esta comedia, todo este fingir que nos peleamos… Y encima verla. Saber quién es. Saber que tiene un cuerpo…

—Debo hacerlo, Wanda.

—Lo sé, y por eso te ayudo. Pero este juego es muy peligroso, John. Te juro que me asusta.

—No te preocupes. Nada va a ocurrir.

—¿Y si ella se entera de que no eres Robin Stafford?

—¿Cómo se va a enterar? Mis documentos están perfectamente falsificados. Y al auténtico Robin, no le conoce.

—Puede llamar a la casa de Londres…

—¿Por qué va a llamar allí, si sabe que estoy en Cherburgo?

—Puede llamar a Cherburgo…

—Las líneas están estropeadas. Casualmente las arreglan ahora.

Ella rió quedamente.

—Piensas en todo, John. Eres un demonio.

—Por eso sé que las cosas saldrán bien.

Y volvieron a besarse. Volvieron a unir sus labios apasionadamente, hasta que ella susurró:

—Basta. Va a sospechar…

—No sabe que estás aquí, Wanda.

—¿Pero y tú? ¿Por qué has subido?

—Debo elegir un vestido para ella. Ya sabes que subir las escaleras, le cuesta. Y el único guardarropa donde pueden guardarse las cosas bien, está aquí arriba.

—Pues búscalo. No tardes demasiado.

—Vamos a hacerlo juntos —sugirió John.

Caminaron hacia el guardarropa. Éste era inmenso. Y estaba bastante lleno, porque Ingrid tenía abundante ropa.

Wanda preguntó:

—¿Cuál quieres?

—El de la falda larga con chaqueta negra.

—Aquí está.

Wanda apartó dos vestidos para hacer sitio.

Y, de pronto, palideció.

—No lo entiendo… —dijo—. No está.

—Lo habrás cambiado de sitio.

—Imposible. Yo misma lo he puesto aquí, esta misma tarde…

John palideció, también. Preguntó con voz tensa:

—¿Es el único que falta?

—Sí… El único que yo sepa.

—No puede ser. Revísalos todos. Es completamente seguro que lo has cambiado de sitio.

Con gestos impacientes los fueron examinando uno por uno. Pero el vestido que buscaban no estaba allí. Definitivamente, había

que dar paso a la casi increíble idea de que había desaparecido.

Al fin, John produjo un chasquido con dos dedos.

—Ella lo habrá recogido —musitó—. Seguro que Ingrid se lo ha llevado y no ha vuelto a acordarse más.

Desde el borde de la baranda del piso superior, llamó:

—Ingrid…

—¿Qué, querido?

—El vestido que has dicho que ibas a llevar, no está aquí. ¿No lo habrás cogido tú, antes de ahora?

La voz de Ingrid resonó, con un leve deje de extrañeza.

—No, yo no… ¿Pero cómo es posible que no esté? Si la propia Wanda me ha hablado de él esta misma tarde…

John tragó saliva bruscamente.

No hubiese querido hacer por nada del mundo aquella pregunta, pero las circunstancias le obligaron a hacerla.

—Ingrid —musitó—, es posible que alguien se lo haya llevado, por extraño que parezca. ¿Hay alguna persona que tenga tus medidas exactas?

—Wanda no —dijo ella—. No le serviría.

—Deja al margen a Wanda. ¿Alguien más?

—Pues…

—Por favor, haz memoria, Ingrid. Alguien a quien ese vestido le pudiera sentar bien, sin ningún retoque.

—Pues… puede haber muchas personas en el mundo. No sé qué decirte, Robin.

—Me refiero a personas que tengan alguna relación contigo.

La voz de Ingrid, abajo, vaciló.

—Pues… —dijo.

—¿Quién?

—Sólo una persona muy allegada a mí. Mi propia madre…

* * *

John sintió que la habitación daba vueltas en torno suyo. Por un instante le acometió un brusco, un instintivo casi irracional temor. Se sujetó con fuerza a los barrotes de la baranda, bajando las manos.

—Tu madre… —bisbiseó—. Eso es absurdo, ¿no?

—Yo sólo te digo que ella tiene, exactamente, las mismas medidas que yo.

—Pero, Ingrid, tu madre está en…, en…

—No hace falta que me lo recuerdes, Robin.

Palpitaba por primera vez, el miedo en la voz de Ingrid. Un miedo lejano, irracional, que empezaba a aullar en el fondo de su cráneo como una espiral de viento.

John, en su falso papel de Robin Stafford, no dijo una palabra más. Tenía que conservar la serenidad, pero era absolutamente necesario resolver la situación aquella misma noche. De modo que descolgó el teléfono y marcó el número destinado a las conferencias internacionales. Pidió que le pusieran en comunicación con el sanatorio mental de Sandrighan, en Essex.

Le contestaron, a pesar de lo avanzado de la hora. John dijo, autoritariamente, que era Robin Stafford, nombre muy conocido en Gran Bretaña y que por sí solo significaba una garantía. Pidió hablar con Susan Loreley.

—Me temo que será difícil, señor —dijo la voz del médico de guardia.

—Se trata de un asunto relacionado con su hija Ingrid, ¿comprende? No le importe lo avanzado de la hora, por favor. Crea que no le llamaría desde París, si no fuese importante. Despiértela si es necesario y dígale que se ponga.

—Ya le he dicho que…, que va a ser difícil, señor.

—¿Pero por qué?

—La señora Susan Loreley marchó hace unos días de este lugar. No hemos vuelto a verla, ni hemos encontrado ninguna pista.

John sintió que se le secaba la garganta.

Dijo, apenas con un soplo de voz:

—Gracias…

Y colgó.

Oyó, entonces, otro chasquido.

Ingrid había estado escuchando por el aparato supletorio. Acababa de colgar también, casi con él.

Pero no fue eso sólo.

De pronto, Ingrid rodó sobre la alfombra.

Silenciosamente.

Con los ojos en blanco.
Como una muerta.

CAPÍTULO XIV

La muchacha se tendió en la cama. Le parecía que habían transcurrido ya días enteros desde que aquello ocurrió, pero sólo habían transcurrido seis horas. Eran las dos de la madrugada. Un silencio macizo pesaba sobre aquel barrio de París, y parecía pesar, también, sobre la ciudad entera.

La muchacha había tomado un calmante.

Tal vez eso hacía que Ingrid se sintiera un poco mejor. Pero, de todos modos, la obsesión la dominaba aún, y se sentía cada vez más insegura.

Utilizó el teléfono interior que tenía sobre la mesita.

Se produjo un chasquido al otro lado del hilo, y se oyó la voz de Wanda:

—Ingrid…

—¿Estás ahí, Wanda?

—Sí, en la habitación de al lado.

—Por favor, si oyeras algún ruido…, ya sabes.

—Más intranquila tendría que estar yo, que tú.

—Te equivocas. Los muertos dan más miedo cuando aman, que cuando odian.

—Por favor, no hablemos de eso. Me entra dolor de cabeza…

—Perdona. Sólo quería saber si estabas ahí.

—Sí, y no te preocupes, porque estaré atenta. No puedo dormir.

Ingrid colgó.

Y volvió a descolgar el auricular, marcando otro número.

Le respondió la voz de Robin.

—¿Qué hay?

Ingrid quiso mostrarse festiva:

—Hola, Robin Hood. ¿Estás ahí?

—Sí. En la habitación del fondo del pasillo. Aunque mejor estaría contigo, claro.

—No seas aprovechado.

—¿Aprovechado? ¡Si yo sólo trato de protegerte…!

La voz que ella creía de Robin, había sido casi cómica. Ingrid consiguió reír.

—Ya sé que todo eso es absurdo, y que no va a ocurrir nada —murmuró—, pero ¿estarás atento?

—Más que atento, Ingrid. ¿Sabes la pistola que siempre llevaba en la guantera del coche?

—¡Por Dios, Robin! Nada de pistolas.

—No es que trate de matar a nadie, pero me siento más tranquilo con ella. La tengo bajo mi almohada. Si alguien te molesta, y si ese alguien siente las balas, te aseguro que se divertirá.

Y colgó.

Ingrid se sentía más confortada.

Una profunda fatiga iba venciéndola.

Al sentirse más relajada, la dominaba la pesadez de las anteriores horas de agitación.

Poco a poco, se fue quedando dormida.

Y soñó mil cosas. Soñó en el rostro del doctor Temple, el hombre muerto a hachazos. Soñó en un largo paseo, al final del cual se encontraba él. Llevaba una máquina fotográfica en la mano. Soñó, también, que ambos hablaban de pintura, mientras paseaban por una alameda que parecía arrancada del bosque de Bolonia.

De pronto, él se separó.

Su figura quedó difuminada entre las sombras, pero, al poco rato, reapareció. Y entonces Ingrid sintió que se le contraía la garganta, sintió también que sus piernas se doblaban. Porque el hombre que volvía lentamente junto a ella… ¡no tenía cabeza!

Fue esa sensación brutal la que la despertó.

Con los ojos desencajados, se sentó en la cama, sin ver nada aún, mientras sus dedos aferraban las ropas del embozo.

Y durante treinta largos segundos, quizá un minuto entero, no vio nada.

Pero sintió.

Sintió que había alguien junto a ella.

Alguien, que no hacía ruido, que respiraba con mucha fuerza.

Ingrid volvió la cabeza.

Y entonces la pudo distinguir. Pero la vio muy confusamente,

porque aún se encontraba en este estado febril de duermevela en que las cosas son inconcretas y no se distinguen bien. Se trataba de una mujer. Una mujer de pelo corto, que le recordó a alguien, inmediatamente.

Porque la había visto la primera noche que estuvo allí.

¡La mujer que huyó escaleras abajo!

Ingrid tendió una mano y no pudo tocarla.

¿La mujer había retrocedido a tiempo? ¿O quizá era, solamente, una sombra?

Tal vez Ingrid hubiera podido saltar de la cama a tiempo, si llega a tener las dos piernas totalmente sanas. Pero no podía tomar impulso con la izquierda. Y eso retrasó sus movimientos. Cuando trató de lanzarse, lo único que consiguió fue caer materialmente de la cama sobre la alfombra. Le pareció oír unos pasos que huían.

Su garganta se crispó.

—¡Wanda! ¡Wanda! ¡Robin! ¡Robin, por Dios…!

Oyó confusamente los pasos de Robin Stafford al extremo del pasillo. El joven caminaba descalzo, por lo cual sus pisadas resultaban muy suaves. Pero, en cambio, resultaron casi ensordecedoras las dos detonaciones.

Ingrid pareció brincar por los aires.

—¡Cuidado…!

No se dio cuenta de cómo había llegado hasta allí, pero, de pronto, se encontró en el pasillo. Gateaba confusamente. Vio a Robin en pijama y en lo alto de las escaleras, llevando aún la pistola humeante en la derecha.

Wanda también había aparecido.

Llevaba una camisita muy corta, y parecía una estampa sacada de una revista frívola. Estaba lo que se dice tentadora, pero en aquellas circunstancias cualquiera se fijaba en eso.

El joven se volvió.

—Era una mujer. Una mujer vestida de negro —dijo, sordamente, Wanda.

—Sí. Estaba en mi habitación —balbució sin fuerzas Ingrid.

—Pues no tenía nada de sobrenatural. Puedo asegurártelo. Huía como una liebre.

—¿Le has dado?

—Creo que no. Tenía la obsesión de no tirar a matar, ¿sabes? De

apuntarle sólo a las piernas. Y eso ha hecho que fallara mi puntería.

Encendió las luces del vestíbulo, cosa que podía lograrse también desde lo alto de la escalera. Vieron dos cosas desacostumbradas: una butaca volcada por alguien que había huido muy rápidamente, y la puerta de la calle, abierta. La puerta de la calle oscilaba, movida por el viento de la noche.

—Ha huido —musitó John—. Te aseguro que no era nada sobrenatural.

Ingrid se había apoyado en la baranda.

Miraba, obsesionada, hacia abajo.

Con los ojos desencajados.

Con la boca entreabierta.

Wanda musitó:

—Pero ¿qué te ocurre?

Ingrid señaló hacia abajo.

—Es…, es eso.

Y entonces la vieron. Estaba en el suelo. Era una peluca de mujer, como las que se hallaban expuestas en el dormitorio. Una peluca rubia…

CAPÍTULO XV

Fue Wanda la que recogió aquella peluca. Sus dedos temblaban ostensiblemente al hacerlo. Avanzó con ella en la mano, como si llevase la pieza, aún sensible, de una mujer a la que acababa de matar. Sin fuerzas, sin aliento, como si acabara de hacer una larga carrera con ella, la depositó en una de las mesas.

Ingrid había hecho un gesto que parecía de niña. Se había sentado en los peldaños de la escalera. Pero su rostro no era de niña. No, desgraciadamente, ya no lo era. Su rostro reflejaba un terror, una angustia, que nadie hubiera sabido describir con palabras. Dos profundas arrugas que la envejecían, surcaban su ancha frente.

Tardó largos minutos, unos minutos que se hicieron angustiosos e interminables, en poder musitar:

—Robin…

Él se acercó.

Le pasó la derecha, acariciante, por los sedosos cabellos rubios.

Notaba, más allá de la distancia, la mirada vidriosa de Wanda.

—No te debes inquietar —musitó—. Después de llamar al manicomio hemos resuelto quedarnos aquí, para protegerte, si ocurría algo. Pero no ha ocurrido nada, ¿te das cuenta? Esa mujer no te ha hecho nada malo. Ni creo que intentara hacerlo. Simplemente, ha huido… Debes olvidarla. Es como si se la hubiera tragado el viento.

Intentaba animar a Ingrid, pero él sabía bien que no iba a conseguirlo. La muchacha guardaba un hermético, un obstinado silencio. Los dedos habían tapado sus ojos, como si no quisiera ver.

Él continuó:

—Vivimos en una casa que no debiste haber alquilado, jamás. Hay aquí demasiados detalles siniestros, como las pelucas de la antigua dueña de la casa, que debía ser una maniática. Pero, por lo

demás, no pasa nada, ¿comprendes? Nada… Y esa mujer que ha huido ni siquiera la conocías.

Ingrid rompió entonces el silencio por primera vez, para musitar:

—Claro que la conocía.

—¿Qué…?

—La conocía —repitió.

—Entonces, ¿quién es?

—Mi madre.

Las palabras quedaron vibrando en el aire quieto de la habitación. Parecieron enroscarse como serpientes, en los viejos muebles. Parecieron tomar, misteriosamente, cuerpo.

Él musitó:

—¿Has dicho que es… tu madre?

—Sí.

—¿La que ha huido de… Sandrighan?

—¡Sí, sí, sí! ¡Mil veces, sí! —Los dedos de Ingrid se habían crispado hasta clavarse las uñas en las palmas de sus manos—. ¡Y también la vi la primera vez! ¡También supe que era ella! ¡Lo que ocurre, es que si se pone alguna de esas pelucas, lo hace porque cree que así no la reconoceré tan pronto! ¡Porque está segura de que la impresión será menor! ¡Pero se equivoca! ¡Todo es peor, desde el momento en que se limita a observarme! ¡Desde el momento en que no me habla!

Y volvió a ocultar, otra vez la cabeza, entre los apretados hombros mientras la recorría un sollozo. Estaba al borde de la crisis nerviosa. John, en su falso papel de Robin Stafford, fue a buscar algo de beber y vio un par de frasquitos en la repisa de las botellas. Murmuró:

—¿Qué es esto?

—Medicinas —dijo Ingrid, con un soplo de voz.

—Pero medicinas, ¿para qué?

—Para los nervios. Me sientan bien.

—No digo lo contrario, pero esas cosas deben tomarse con cuidado. ¿Quién te las receta?

—Mi tío James. Tú le has oído nombrar. Es un gran médico.

El falso Stafford apretó los labios, con un estremecimiento que sólo él notó.

—¿Ha estado aquí? —dijo.

—Sí, pero esas medicinas ya me las había recetado antes. No tienen ninguna relación con su estancia en París.

—Quizá haya preguntado por mí, ¿no? Quizá querrá conocerme…

—Es posible —bisbiseó Ingrid—, pero no es eso lo que me preocupa, ahora.

Él le trajo un vaso con coñac francés de alta graduación. Le recomendó que lo bebiera poco a poco.

Sólo cuando los colores hubieron vuelto un poco a la cara de Ingrid, preguntó:

—¿Qué temes? ¿Crees que tu madre puede querer algo contra ti?

Ingrid no contestó.

Parecía completamente aturdida.

John la tomó en sus potentes brazos y la llevó al dormitorio, otra vez. Sabía que le iba a ser imposible dormir, pero, al menos, allí se relajarían un poco sus nervios. Le dejó a su alcance la botella de coñac, por si quería beber más.

No sabía de qué otro modo obrar en aquel momento. Y en la casa volvió a hacerse el silencio. Volvió a imperar la oscuridad. Otra vez las habitaciones vacías, los muebles añejos, los cuadros que representaban a los muertos volvieron a llenarse de presagios.

CAPÍTULO XVI

El comisario Renaudot había hecho un nuevo y rápido viaje a Londres para asistir al entierro de su colega, el superintendente Mulford.

Si efectuó aquel desplazamiento fue en parte por sincero sentimiento, ya que Mulford le había causado la sensación de ser un hombre muy equilibrado, aun cuando sólo lo había visto una vez. Pero fue, también, por ver el escenario del sitio en que había sido casi decapitado por un hacha…, de la misma forma en que murió el doctor Temple y de la misma forma en que habían muerto, salvajemente, otras dos personas, en el bosque de Bolonia.

Las deducciones que hizo le llevaron por los mismos caminos a que le habían conducido los otros casos: la pieza metálica del hacha, había sido hallada, pero el mango, no. Las huellas visibles eran las de unos zapatos planos, seguramente de mujer, y su posición demostraba que su dueña se movía ágilmente. Por lo demás, no había ningún rastro, ningún indicio. Todo se perdía en la niebla, el vacío, y la nada.

Pero Renaudot era un hombre paciente, como lo había sido Mulford.

Supuso que si Mulford había venido allí, provisto de una orden judicial, era para ver algo, y por lo tanto él trató de ver, también, lo que los ojos del muerto ya no distinguirían nunca.

Se fijó en los cuadros de la familia de los Loreley.

Y sus rostros magníficamente pintados le dijeron, también, lo que las palabras no le dirían. Se dio cuenta —como antes Mulford—, de que los Loreley eran un clan en el que abundaban los tarados mentales; acaso los asesinos en potencia. Y uno de esos tarados mentales era, sin duda, la madre de Ingrid, que estaba recluida.

Renaudot anotó en su agenda el primer nombre: «Viuda de Loreley».

Para él, era la primera sospechosa. Una loca que se había fugado del manicomio y que mataba por el simple placer de matar. El camino que abría aquel nombre, podía llevarle a la solución final del misterio.

Pero anotó a continuación otro: «John Lane».

Él se había enterado, en París, de que Ingrid Loreley vivía en el barrio de Passy, pero se había enterado también, de que estaba con su prometido, Robin Stafford. Una rápida investigación le había llevado a saber que Robin Stafford no estaba en París, sino en su despacho de Londres y, por lo tanto, el de París tenía que ser un falsario. Ahora bien, ¿de quién se trataba?

Un par de fotografías discretas, hechas por unos agentes especiales en el elegante hotel Crillón, le habían bastado para tener una imagen perfecta del joven que se hacía pasar por Stafford. Una rápida ojeada a los archivos franceses e ingleses, le había demostrado que John Lane había estado en la prisión de Broadmoor por robo, saliendo, al fin, bajo una fuerte fianza, aunque no pudo averiguar quién la había depositado.

Y para el veterano comisario Renaudot, la cosa estaba clara: John Lane podía estar intentando hacerse, por cualquier medio, con la magnífica fortuna de Ingrid Loreley. Y al pensar en cualquier medio, pensaba en una cadena de crímenes.

Pero no era éste su único sospechoso.

Anotó en la agenda, un tercer nombre: «Wanda Jackson».

Wanda trabajaba en la casa de Passy, según había podido él averiguar. La había traído el falso Stafford. Fingía ser una estudiante contratada como señorita de compañía, pero, en realidad, tenía relaciones íntimas con John Lane. O poco le faltaba para tenerlas. El caso era que estaba de acuerdo con él para despojar a Ingrid de su fortuna.

Por lo tanto, también tenía que estar en la lista de sospechosos.

Sobre todo, cuando las huellas de zapatos encontradas correspondían a las medidas de unos pies de mujer.

Con estos elementos en sus manos, Renaudot ya podía haber dictado unas cuantas órdenes de detención antes de volar a Londres, pero no quería precipitarse. Prefería dejar que las cosas se cocieran un poco más.

Su ayudante, que había venido con él y le seguía

silenciosamente, musitó:

—¿Ha visto esa fotografía de las dos niñas, comisario?

Le señalaba la que estaba al final de la escalera, la que tanto había llamado la atención de Mulford antes de morir. Renaudot asintió pesadamente.

—Sí —dijo—. Una de ellas es Ingrid. Pero puede ser cualquiera de las dos, puesto que son gemelas.

—¿Se da cuenta de que una de ellas parece… es decir… parece anormal?

Renaudot no se había fijado en aquello. Quizá le molestaba fijarse en aquellos detalles, tratándose de una niña. Pero, en efecto, una de las dos caras no era como la otra. Una de las dos caras tenía algo misterioso, indefinible, que los retratos situados un poco más abajo tenían también.

Musitó:

—Dios mío… ¿Es posible que…?

Hasta entonces no se le había ocurrido aquel pensamiento. Hasta entonces, no había pensado en Ingrid.

—Haga una cosa —dijo, rápidamente—. Investigue dónde y cuándo nació Ingrid Loreley.

—Lo tengo apuntado —dijo su ayudante—. Lo anoté con los datos rutinarios que siempre se anotan en estos casos: Ingrid Loreley, 18 de junio de 1953. Nació aquí, en Londres, en una elegante casa de Pimlico. ¿Qué más quiere saber?

—El nombre de la otra niña. La gemela. Quiero saber qué fue de ella.

—Naturalmente que sí. Eso me ocupará un par de horas como mínimo, pero usted puede esperar aquí mientras sigue investigando. Le telefonearé.

Y el ayudante salió de allí para dirigirse a la Town Hall del distrito de Pimlico. Mientras tanto, Renaudot avanzó hacia las otras salas.

Pero le costaba andar.

Sentía un pinchazo en el fondo del cráneo, como si una lucecita roja se encendiese una y otra vez, en él.

Al fin, tuvo que cerrar los ojos.

—Dios santo… —musitó—. ¿Es posible?

¿Era posible que… que Ingrid Loreley no estuviera representada

por una mujer, sino por dos?

¿Era posible que una Ingrid fuese totalmente inofensiva, mientras que la otra era una monstruosa asesina?

¿Era posible que, por ejemplo, a las once, estuviera en la casa de Passy la hermana inofensiva, y a la una estuviese la otra?

¿Podría distinguirlas alguien?

Y el que besase a la que creía Ingrid, ¿no estaría besando a la muerte?

CAPÍTULO XVII

John musitó:

—Ingrid…

Habían pasado casi veinticuatro horas, desde que en la casa apareció la madre de la muchacha. Veinticuatro horas de tensión, de silencio. Veinticuatro horas, durante las cuales ninguno de ellos se atrevió a expresar sus pensamientos en voz alta.

Pero, ahora, la calma parecía haber vuelto. Ahora, estaban los tres envueltos en aquel silencio, como si el mundo exterior no existiese y como si, desde él, no les pudiera llegar ninguna amenaza.

—Ingrid…

Ella se volvió.

—¿Qué, Robin?

—Parece que te sientes más tranquila, ¿verdad?

—Sí, estoy mucho mejor. Las medicinas de tío James, me calman.

—Yo diría que son demasiado fuertes —musitó el falso Robin Stafford—, pero tendría que ser médico para poder opinar. Lo importante es que te encuentres bien, ¿sabes? Eso es lo único que cuenta.

Y la atrajo hacia sí.

El silencio los envolvía.

La besó.

Besó aquellos labios quietos, fríos, que no parecían los de siempre.

Apartó un poco la cabeza, sorprendido. No sabía lo que era. Pero hubiese jurado que los labios que acababa de besar, no eran los que besó otras veces. Que había en ellos algo indefinible, misterioso, distinto…

Ella musitó:

—¿Qué te pasa?

—Nada. Es…, es una tontería.

—Pues parece como si me encontrases extraña.

—No… Un poco distante, tal vez. Un poco envarada. No sé cómo explicártelo, ¿comprendes? Como si estuvieses tensa.

—Tengo motivos para estarlo. Han pasado demasiadas cosas últimamente, ¿no crees?

—Nadie lo duda, pero tienes mi compañía. A partir de este momento, nada volverá a ocurrir, ya lo verás. Aunque pienso que deberíamos irnos de esta condenada casa.

—¿Por qué? No se ha vuelto a oír más aquella música.

—No es eso sólo. La casa tiene otros detalles que perjudican tu salud. Pero ya trataremos de eso mientras bebemos una copa, ¿no te parece? Estaremos mejor abajo, ¿no crees?

—Tienes razón. He pasado sola, en mi habitación, demasiadas horas.

Y descendieron por las magníficas escaleras hacia el vestíbulo, donde se encontraba Wanda. Un tocadiscos desgranaba una música suave y tranquilizadora. Todo en la casa era paz. Tenían la sensación de estar solos, absolutamente.

Pero no era así. Ni John Lane, ni la muchacha se dieron cuenta de que unos ojos les seguían, mientras ellos descendían por la escalera.

Unos ojos profundos, quietos…

Wanda sonrió, al verles bajar, mientras musitaba:

—Ya era hora de que estuviésemos un rato juntos… Os prepararé una copa.

Y fue al mueble-bar, donde estaban las botellas. Pasó junto a una de las ventanas, más allá de las cuales sólo se veía la noche.

No supo adivinarlo, en aquel momento. No supo darse cuenta de que detrás de ella, a pocos pasos, estaba la muerte.

CAPÍTULO XVIII

Lo vio por el cristal que tenía enfrente. Si llega a estarse quieta, no lo cuenta. Tampoco hubiera podido salvarse, caso de ser menos joven y, por lo tanto, menos ágil.

De pie como estaba, Wanda tenía detrás un gran mueble aparador, donde había unos valiosos cristales de Bohemia y unas costosas porcelanas. El mueble, construido con esa honradez con que se construían las cosas cien años atrás, debía de pesar sus buenos cuatrocientos kilos, puesto que parte de él, era de bronce. Desplomándose encima de una persona, podía, materialmente, aplastarla.

Y eso fue lo que ocurrió.

¡El mueble se desplomó, de pronto!

¡Pareció brincar materialmente sobre el cuerpo de Wanda!

Ésta se lanzó de frente, cruzando al aire con la agilidad de una saltarina de trampolín. Sus reflejos y su agilidad fueron admirables. Todo ocurrió tan rápidamente, que Ingrid y Robin apenas pudieron seguirlo con la vista.

El mueble se desplomó contra el suelo.

Wanda dio dos vueltas más sobre sí misma, y quedó rendida en la alfombra, sin sufrir el menor daño. Sus preciosas piernas, al descubierto, hubieran hecho abrir la boca a cualquier hombre; pero ahora, ¿quién diablos pensaba en eso?

El falso Robin se inclinó sobre ella.

Ingrid también fue a hacerlo, pero su pierna izquierda falló, y quedó de rodillas en el suelo, sin poder acercarse.

Robin alzó, dramáticamente, la cabeza de la muchacha.

—¿Qué ha sucedido? ¿Te sientes bien? ¿Te ha ocurrido algo, Wanda?

Ella contestó, con un soplo de voz:

—Me… me siento bien.

Pero el hecho de que hubiera podido salvarse, parecía un milagro.

No hacía falta más que ver las gruesas baldosas de mármol, dos de las cuales estaban partidas, para comprender el terrible impacto que la caída del mueble hubiera causado a un ser humano. Ninguna caja craneana hubiera resistido aquello. Resultaba estremecedor y desagradable pensarlo, pero, en aquel mismo momento, los sesos de Wanda estarían esparcidos por el suelo, si la muchacha no hubiera sido tan intuitiva y tan ágil.

El hombre alzó la cabeza, poco a poco.

Estaba tan pálido, y temblaban tanto sus labios, que su rostro daba una sensación casi grotesca.

Miró la pared, que hasta entonces había ocupado el pesado mueble.

Nada.

Era una pared normal y corriente, detrás de la cual no había ninguna puerta y ningún orificio.

Ingrid, balbució:

—Nadie ha podido empujar ese mueble, desde atrás.

—No —dijo Robin.

Su voz ronca indicaba que tenía la boca espantosamente seca.

Fue él quien ayudó a Wanda a levantarse, y la hizo sentarse en un diván bien alejado del lugar donde estaba antes. La muchacha respiraba desacompasadamente. Bebió casi de un trago el vaso de ron que el hombre acabó poniendo entre sus labios temblorosos.

—¿Te sientes mejor?

—Sí. Ya todo… ha pasado.

Él se irguió.

Seguía mirando la pared reconcentradamente.

—Absurdo —dijo—. Si nadie ha podido empujar ese mueble, ¿por qué ha caído?

Nadie contestó.

¿Qué respuesta hubieran podido darle?

Las únicas personas que estaban con él, eran las dos mujeres y las dos se habían llevado las manos a la cara, y tenían sus miradas perdidas.

Fue Wanda la que movió los labios, al fin.

Parecía haber transcurrido un tiempo interminable.

Como si ya hiciera años que el mueble se desplomó.

—Hace tiempo, yo estuve en una reunión espiritista, en Londres —murmuró—. Fue por simple curiosidad. Me llevó una amiga. Pero observé algo que no he olvidado nunca: los muebles se movían.

Robin dijo, ásperamente:

—El fenómeno de la levitación. Simple truco.

—El fenómeno de la levitación, ¿no se ha dado con algunos santos? —musitó Wanda, con voz temblorosa y ahogada.

—No mezcles una cosa con otra.

—Está bien. Yo sólo digo lo que vi.

—Te repito que era simple truco. Esas cosas siempre ocurren en la oscuridad. Dime, ¿verdad que estabais a oscuras?

—Sí, pero aquí… ¡Pero aquí hay luz! ¡Fíjate! ¡Todas las lámparas están encendidas!

Sus últimas palabras habían sido un grito nervioso. El hombre se estremeció, crispando las manos.

—¡Está bien! —gritó—. ¡Hay luz! ¡De acuerdo en que todo esto está lleno de luz! Pero ¿por qué demonios te has puesto a hablar de espíritus? ¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

—Simplemente, trato de decirte que a mí me pareció ver que los espíritus llegaban a mover los muebles.

—¿Y qué?

—Saca la deducción tú mismo.

Fue Ingrid la que la sacó. Fue ella la que dijo, con voz sorprendentemente suave:

—Trata de decir que Temple ha intentado matarla. Su fuerza espiritual ha bastado para mover eso.

Robin —John Lane—, estuvo a punto de saltar.

—¡Me niego a creer eso! —dijo, con los ojos saliéndosele de las órbitas—. ¡Me niego! ¡Es grotesco!

—Pues trata de creer, al menos, en lo que has visto.

Y señaló el mueble.

Robin tenía las facciones desencajadas.

Se puede luchar contra un vivo y se puede llegar a acorralarlo. Pero ¿cómo luchar contra un muerto?

Wanda, que hasta entonces no había hablado apenas, dijo, con un soplo de voz:

—Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes, Wanda?

—No puedo soportarlo más. He de irme.

Ingrid cerró, un momento, los ojos.

—Yo misma pensaba pedírtelo. Tienes toda la razón del mundo.

—Vosotros haced lo que os plazca, pero yo ya no puedo más. He tratado de pensar que me gustaría resolver este misterio. He intentado decirme que esto era emocionante, después de todo. Pero ya resulta inútil seguir engañándome a mí misma. No quiero morir de ese modo y, además, sin saber por qué. Me marcho.

Robin musitó:

—Debemos irnos los tres.

—Yo, no —musitó Ingrid.

—¡Qué locura! ¿Cuántas veces hemos de insistir en lo mismo? ¿O es que realmente te interesa el recuerdo de ese hombre? ¿Es que su fuerza espiritual también puede… puede llegar a destrozarte?

Ingrid hizo un gesto de hastío.

Ella sabía muy bien lo que significaba Temple, pero no estaba dispuesta a decirlo. Se preparó, también, un combinado fuerte y lo bebió de un trago. Luego miró al hombre a quien ella creía Robin Stafford.

—Me quedaré aquí —insistió—, aunque comprendo que vosotros debáis iros. Yo no corro ningún peligro.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Simplemente, sé que no corro ningún peligro. Eso es todo.

Ella no podía ver lo que, en aquel momento, pasaba a cierta distancia de allí, en una de las habitaciones contiguas que estaban vacías. No podía ver que unos ojos se habían clavado insistentemente en su rostro.

En aquellos ojos había algo de maligno. De algo que estaba más allá de la vida y de la muerte.

Unas manos hábiles retiraron, en silencio, el fino y resistente cable de acero. El cable había pasado por detrás del mueble que se derrumbó tan de pronto, quedando sujeto por el otro lado a uno de los barrotes de hierro de la baranda de la escalera. Es decir, un lado del cable terminaba allí, mientras el otro se introducía en la habitación vacía.

Como el cable era muy resistente y estaba muy tenso, bastaba tirar de él hacia un lado, hacia la parte exterior del mueble, para

que éste, que ya había sido previamente desequilibrado, vacilase y cayera. Eligiendo bien el momento, podía aplastar muy bien a la persona que estuviera junto a él.

Como había calculado la persona que se hallaba dentro de la habitación, el nudo del cable de acero que lo sujetaba a la baranda se había deshecho a causa de la tensión, cuando ya el mueble estaba cayendo. Ahora ya no había más que retirar el cable, poco a poco, y en silencio. Ninguna investigación comprendería jamás el porqué de la inverosímil caída de aquel pesado mueble. Quizá un observador muy atento notase rozaduras en uno de los barrotes de la baranda, causadas por un cable de acero, pero eso le serviría solamente para montar una hipótesis sin pruebas…, cuando Wanda ya estuviese muerta.

Claro que el golpe había fallado.

Pero no importaba.

Sobraban medios para intentarlo otra vez.

Los ojos brillaron, cuando el cable hubo sido retirado por completo. Luego, una mano palpó en un bolsillo los cuatro diminutos micros, milagro de la electrónica japonesa, que podían difundir por toda la casa una pieza tocada en un tocadiscos que podía estar situado tanto en el interior como el exterior.

Aquellos pequeños micros habían retransmitido el *Concierto de Varsovia*, el día en que la muchacha alquiló la casa.

Los ojos seguían brillando quietamente.

Luego desaparecieron.

Si algún leve rumor había producido aquella persona, mientras estaba en la habitación, hasta eso se esfumó por completo.

Instantes después, una mujer salía por una de las puertas secundarias a la calle de Mayerling, una de las laterales de la casa.

Fue una casualidad que la viera aquel matrimonio que regresaba en su coche de la última función de la ópera.

Fue una casualidad, también, que aquel matrimonio conociera casi perfectamente a la buena sociedad de Londres.

La mujer susurró:

—Oye… quizá he visto mal. ¿Pero no es ésa la viuda de Loreley?

—Sí… La que desapareció hace tiempo. Yo diría que lo es.

—Pues ya sabemos dónde está —dijo la mujer—. Acabo de averiguar lo que no sabe nadie en Londres.

¡Cuando vuelva allí, lo voy a explicar tantas veces en el *Club de los Derechos de la Mujer*, que me voy a poner morada…!

El coche pasó.

Ninguno de sus dos ocupantes se dio cuenta de que la mujer, al cabo de unos instantes, volvía a entrar en la casa.

CAPÍTULO XIX

El comisario Renaudot no tuvo la respuesta en dos horas, como le había dicho su ayudante, sino que hubo de esperar bastante más. Tanto, que si seguía aguardando, corría peligro de perder el vuelo a París que tenía programado para aquella noche. Y como no había otro vuelo, hasta el día siguiente, tendría que dejar las obligaciones inexcusables que le aguardaban en su despacho del Quai des Orfèvres.

Lanzando maldiciones, Renaudot se dirigió al aeropuerto de Heatrow. Nadie le había llamado a la casa donde fue asesinado Mulford, ni en ella había averiguado nada más. Por lo tanto, su estancia allí era inútil hasta que le informara su ayudante.

Pero en el aeropuerto le esperaba un mensaje. Cuando le entregaban el *londig-car*, para pasar al avión, le entregaron, también, un pequeño sobre.

—Es un mensaje telefónico para usted, comisario. Acabamos de recogerlo.

Renaudot leyó el papel que el sobre contenía. Era su ayudante:

> Dificultades de última hora me han impedido telefonearle, pero tengo datos de gran interés. Llegaré a Le Bourget, una hora después de llegar usted a Orly, pues puedo hacer el viaje en el avión privado de un comerciante. Le informaré en su despacho, antes de las diez.

Con aquella esperanza, Renaudot, tomó el avión y después de su llegada a París se dirigió al Quai des Orfèvres, donde tenía su despacho. Bastantes asuntos y bastantes sobres se habían acumulado en su mesa durante las últimas horas, pero sólo abrió algunos. Estaba trabajando en lo que le parecía más esencial, cuando su ayudante entró:

—Tengo noticias —dijo—. Me costó mucho hacer

investigaciones en el registro civil y luego en el negociado de cementerios, pero ahora sé algo que centra bastante bien las cosas. Efectivamente, Ingrid nació en la fecha que le indiqué. Con ella nació, también, su hermana gemela Patricia. Parece que ésta era anormal. La foto que usted vio, y en la que ambas tenían cinco años, más o menos, lo demuestra.

—Sí, en efecto. ¿Y qué? ¿Es Patricia una loca capaz de matar? ¿Sustituye a Ingrid en determinados momentos, sin que nadie se dé cuenta?

Renaudot estaba seguro de que así era. Estaba convencido de que allí radicaba la clave de todo.

Pero su ayudante, musitó:

—No.

—¿Cómo qué no? ¿Qué dice?

—No puede ser, puesto que Patricia murió poco después de serle hecha aquella foto.

—¿Patricia o… Ingrid?

Los labios del ayudante temblaron un momento.

No había pensado en aquello.

Con voz velada, musitó:

—Las fichas de cementerios, dicen que fue Patricia…

—Pero pudo ser Ingrid, ¿no? A una de las hermana; se la había anotado como deficiente mental. A la otra, no. Quizá los Loreley quisieron librar de esa tara a la única hija que les quedaba viva. Tal vez quisieron, al menos, conseguirlo en los papeles oficiales, lo que ya es algo. Y dijeron que la muerta era Patricia. ¿Quién las distinguiría?

Otra vez los labios del ayudante temblaron.

Otra vez comprendió que su jefe tenía más imaginación que él. No había pensado en aquella posibilidad cuando recogió los datos.

—Entonces… —susurró—, no existe la posibilidad de que estén las dos hermanas vivas y la loca peligrosa haya sustituido, en determinados momentos, a la que está sana. No, esa posibilidad no existe, porque una de las dos está muerta. Pero la otra, ¿quién es realmente? ¿Podría tener la mente trastornada? ¿Podría ser capaz de matar?

Renaudot, masculló:

—Eso mismo estoy pensando yo, hace rato. Por lo tanto

conviene que nos movamos aprisa, antes de que vuelva a correr la sangre.

Y se puso en pie. Había tenido un día muy agitado, pero no parecía cansado en absoluto. Pidió, por el dictáfono, que le prepararan un coche, con sólo dos hombres de confianza, para dirigirse al barrio de Passy.

Cuando ya estaba en la puerta, su ayudante susurró:

—¿Le acompaño?

—Claro que sí. Naturalmente. ¿O cree que voy a pedir dos hombres de confianza, y echarle a usted?

—Es que aún no le he dicho todo lo que he podido averiguar, comisario.

—¿No? ¿Qué es lo que falta?

—El nombre del médico que firmó el certificado de defunción de Patricia, después de tenerla recluida bastante tiempo en la sección del sanatorio mental de Sandrighan dedicada a niños anormales.

—¿Quién… firmó eso?

El ayudante dijo, con un soplo de voz:

—Un médico joven, pero que merecía la confianza de la familia. El doctor Temple…

CAPÍTULO XX

Mientras todo esto sucedía en el Quai des Orfèvres, sede de las secciones más importantes de la policía de París, el hombre que fingía ser Robin Stafford cortaba la música del tocadiscos preparaba un nuevo combinado para las dos mujeres y miraba en torno suyo, con expresión de hombre que está desconcertado por primera vez en su vida. Guardó la botella en una sección del mueble-bar, abrió otra, en busca de un vaso más alto, y entonces vio aquel pequeño paquete muy bien envuelto.

Lo que le llamó la atención, fue una cosa.

Incluso, antes de tocar el paquete.

Lo que le llamó la atención, fue que éste apareciera envuelto en un curioso papel donde se repetía, una y cien veces, muy bien impresa, la cara del doctor Temple.

Musitó:

—Ingrid…

Ella se volvió.

—¿Me llamabas?

—Sí. ¿Qué es esto?

—Nada. Algo que he recibido.

—No parece enviado por correo. ¿Te lo entregaron en mano?

—Sí.

—Es que ocurre algo muy curioso. Se trata de un papel increíble. ¡Un papel donde sólo está reproducida la cara del doctor Temple!

—Sí, en efecto, es un papel muy curioso. Pero deja eso.

—¿De qué se trata?

—¡He dicho que lo dejes!

La voz de la muchacha se había alterado. Sus facciones cambiaron, de pronto; en cuestión de segundos se hicieron exageradamente tensas.

Y eso fue, precisamente, lo que más excitó la curiosidad del

joven. Con gesto decidido, fue a llevar la mano hacia aquel paquete para tocarlo.

Pero no pudo.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Una cosa tan sencilla como el timbre, produjo en aquellos tres seres una especie de conmoción. Igual que si acabara de llamar un ser de ultratumba, tuvieron un sobresalto, mientras se miraban, desorientados, a los ojos. No comprendían quién podía venir a aquella hora.

Pero la llamada se repitió.

Wanda musitó, rompiendo aquel angustioso silencio:

—Bueno… Creo que conviene ir a abrir, ¿no?

Mientras John Lane —Robin Stafford—, cerraba el mueble-bar, ella abrió la puerta principal de la casa. Un hombre elegante, ya de cierta edad, pero con el aspecto de un auténtico caballero inglés, entró en el elegante vestíbulo.

—Buenas noches —dijo, cortésmente—. Perdonen lo avanzado de la hora, pero ¿puedo pasar?

—Naturalmente —dijo Wanda, con cierta timidez—, ¿pero quién es usted?

No necesitó obtener la respuesta. Ingrid avanzó desde el otro lado de la habitación, mientras decía alegremente:

—Tío James…

No cabía duda de que se sentía aliviada al verle. Nadie podía discutir que el único hermano de su padre, era, para la muchacha, una persona en quien confiar. Avanzó hacia él y le dio un beso en la mejilla izquierda.

—¿Cómo has venido a verme? Creía que habías vuelto a Londres…

—Necesitaba ver qué tal seguías. Pero siéntate, siéntate… Por cierto, veo que estás acompañada.

—Oh, sí, claro. Perdona. Éste es Robin Stafford, mi prometido. Ésta es Wanda, una señorita que me acompaña. Os presento a mi tío James.

Los tres se estrecharon las manos. James sabía ya, perfectamente, que el joven que tenía enfrente no era Robin Stafford, sino John Lane, y que había salido de la cárcel poco tiempo antes. Sabía, también, que la mujer que le acompañaba era

su auténtica novia, si no era algo más. Una profundísima llamita de desprecio, brilló en el fondo de sus ojos, pero supo disimularla muy bien. Les saludó con la exquisita cortesía de un hombre para quien todo el mundo es correcto y para quien todo el mundo es bueno.

Ingrid ya se había sentado.

Notaba que las piernas le pesaban menos, esta noche. Hasta en ciertos momentos se sentía capaz de andar normalmente, como si nada pasara, Pero el cansancio estaba en todo su cuerpo, no sólo en sus piernas. Por eso se dejó caer en la butaca, junto al mueble bar, depositando el bastón a un lado de su asiento.

James musitó, después de aceptar el combinado que le ofrecía John Lane:

—Regreso a Londres mañana, pero quería verte antes, como es natural. He estado en Burdeos para un asunto de negocios y al volver en el avión, me he encontrado con una situación estúpida. Por un error del director del hotel, me han dejado sin la habitación que yo había pedido que me reservasen todavía hoy. He estado, luego, en dos hoteles más, pero todos los buenos están ocupados. Hay un congreso científico de no sé qué. Total, dos mil personas, muchas de ellas de países africanos. Los africanos se pirran por hospedarse en los hoteles de lujo de París. Vienen, aunque sea andando. Y, en fin, para resolver esa situación ridícula, por una sola noche, he pensado que…

Ingrid sonrió.

—Por supuesto —dijo—. No necesitas explicarme nada más. Lo que sobra en esta casa son habitaciones. ¿Has cenado?

—Sí, pero pensaba invitaros a todos, si te parece…

—No, tío James. Ya es tarde y además nosotros hemos cenado, también. Como debes estar cansado si has venido desde Burdeos y has estado recorriendo hoteles, te llevaré a tu habitación. Además, nos gustará que otra persona nos acompañe, ¿comprendes? Esta casa es tan grande, tan…

—¿Tan qué…?

James la miraba con curiosidad.

Ingrid palideció un momento, antes de susurrar:

—Nada… No tiene importancia. Ven. Te acompañaré.

Tomó su bastón y se apoyó en él, pero, sorprendentemente, ya casi no lo necesitaba. Se sentía tan bien, que hasta le parecía

maravilloso. Como en sueños, le parecía que habían existido otros momentos de su vida así; otros momentos, en que ella podía moverse libremente, correr, casi saltar…

Pero eso estaba como envuelto en las brumas del pasado.

Lo recordaba a ráfagas. Y, al recordarlo, sentía miedo. No sabía por qué. Pero tenía miedo…

Toc… Toc… Toc…

El ruido de su propio bastón, al resonar en los pasillos desiertos, le parecía tan extraño como si llegase de otro planeta. Abrió la puerta.

La luz de la luna entraba, casi de una forma irreal, en aquella habitación donde durante algunos años no había dormido nadie.

Todo estaba limpio, porque las asistentas lo habían dejado perfecto al alquilarse la casa, pero la sensación de soledad se mascaba. Resultaba casi aprensiva, como si el aire contuviera una oculta amenaza.

—Estarás bien aquí —dijo Ingrid—. Esto es mejor que cualquier hotel.

—Cierto… No hay ninguno que tenga este lujo.

—Hay un teléfono interior, en la mesita. Si ocurre algo por la noche, puedes llamarme.

—¿Qué va a ocurrir?

Ingrid se mordió el labio inferior.

Y musitó:

—No, nada…

Salió de allí, cerrando la puerta.

Seguía oyendo el sonido del bastón al caminar, como si llegase de otro planeta.

Como un sonido de ultratumba. Como si no lo moviese ella misma.

CAPÍTULO XXI

James no se quitó la americana, al quedar solo. Depositó sobre la cama el pequeño maletín donde llevaba los objetos personales más indispensables, pues el equipaje propiamente dicho, había quedado depositado en el hotel, y miró en torno suyo. El dormitorio le produjo una indefinible sensación de peligro, pero no hizo demasiado caso de ella. Era un hombre que estaba por encima de todas aquellas cosas.

Corrió las cortinas de la ventana.

No se dio cuenta de que, desde algún sitio de la habitación, le miraban unos ojos.

Eran unos ojos quietos, profundos.

No se dio cuenta de que una puerta se había entreabierto tras él.

Como todas las casas señoriales antiguas, aquélla tenía demasiados pasillos interiores y puertas laterales. Por una de ellas, se había deslizado aquella sombra.

James no la vio.

No adivinó que la tenía a su espalda.

No llegó a oír nada.

La sombra se movió hacia él.

En el más absoluto silencio.

Como un espectro.

Entre sus manos latía un relampagueo metálico.

CAPÍTULO XXII

Cuando Ingrid volvió al vestíbulo, notó que su prometido y Wanda, ya no estaban allí. Quizá pensaban que ella se entretendría más con su tío, y se habían retirado a descansar, dado lo avanzado de la hora. Ingrid suspiró con desaliento, porque la soledad la deprimía, se sirvió un combinado más y miró, con detención, el mueble-bar.

Fue hacia una mesa lejana, para depositar el vaso.

No oyó ningún sonido.

Nada…

Se dio entonces cuenta de algo que parecía estarle ocurriendo a otra persona. Se dio entonces cuenta de que si el sonido del bastón no llegaba hasta ella, era sencillamente porque ella no usaba el bastón. Porque lo había dejado junto al mueble-bar. PORQUE YA NO LO NECESITABA.

Nuevamente, aquella sensación de bruma volvió a ella, pero, al contrario que en las ocasiones anteriores, no sintió miedo. Por el contrario, la dominaba una gran seguridad en sí misma. Llegó hasta el mueble-bar y tomó otra dosis de la medicina que le había recetado tío James.

Levantó, con cuidado, la pierna que siempre le fallaba.

No le falló esta vez.

Ingrid sonrió. Hubo en su sonrisa algo helado, extraño, casi siniestro.

Sus dedos deshicieron el paquete que tanto había llamado la atención de Robin. Tomó el papel, lo arrugó, fue al cuarto de baño más cercano, lo arrojó por el sanitario y tiró de la cadena. De ese modo no quedó ningún rastro del envoltorio.

Luego, regresó al mueble bar.

Y tomó el objeto metálico que había estado envuelto en aquel papel. Era un hacha a la que le faltaba un mango. Un hacha con la

que, de momento, poco daño podía hacer.

Pero Ingrid tenía el mango.

Aquélla era la cosa extraña que algunas personas habían visto, antes de morir con el cráneo hendido.

Aquello era lo que no llegaron a comprender.

Lo que tampoco comprendieron Renaudot ni Mulford, sorprendidos ante el insistente hecho de que jamás apareciera el mango.

Porque el mango lo tenía Ingrid.

Lo llevaba siempre consigo…

La parte metálica del hacha, siempre del mismo fabricante y siempre del mismo calibre, encajaba perfectamente en la terminación del bastón de Ingrid. Ésta encajó las dos piezas.

Y avanzó, poco a poco.

Ya no necesitaba apoyarse para nada.

Una lucecita irreal palpitaba en sus ojos.

CAPÍTULO XXIII

La mujer que estaba detrás de James, seguía avanzando poco a poco. Sus movimientos eran tan silenciosos como los de una sombra.

Parecía no existir.

Parecía flotar en el aire…

Pero las puntiagudas tijeras que llevaba en la mano derecha, no eran de aire precisamente. Podían acabar con un hombre, más eficazmente que una cimitarra.

Las tijeras se alzaron.

Brillaron quedamente a la luz…

James no se había dado cuenta.

Pero la mujer que estaba tras él, cometió el único error de aquellos últimos minutos. Cometió el error de avanzar un paso más, para asegurar el golpe, rozando la alfombra que tenía a sus pies. Eso la hizo vacilar.

Y se produjo un leve crujido.

Un crujido que hizo volverse, instantáneamente, a James.

Vio, entonces, el brillo de las tijeras.

Vio el resplandor de la muerte.

Vio…, ¡vio la cara de la madre de Ingrid! ¡La mujer que había escapado del manicomio de Sandrighan!

FINAL

La mujer lanzó un débil gemido, que no llegó a atravesar las paredes. El hecho de verse sorprendida en el último instante, la desorientó tanto, que quedó inmovilizada durante unos segundos decisivos, preciosos. Las tijeras quedaron como suspendidas en el aire mientras James tendía la mano hacia ellas.

Sujetó por la muñeca a la mujer, con la habilidad y la fuerza de un *catcher*. James se conservaba muy bien y estaba en pleno vigor y potencia física. La volteó y la hizo caer junto al alto biombo que estaba al lado de la cama.

Ella volvió a gemir ahogadamente.

Tuvo que soltar las tijeras.

Y entonces se las encontró casi clavadas en la garganta. James no tenía más que apretar un poco para matarla. Las tornas habían cambiado por completo.

El médico, susurró:

—Maldita…

—Tú…, tú has sido el causante de todo… —bisbiseó ella, sin que en sus ojos brillase ni una chispita de miedo—. Tú…

James rió suavemente.

Una mueca burlona apareció en sus gruesos y sensuales labios, que ya no parecían los de un *gentleman*.

—¿Tanto te extraña que quiera apoderarme de vuestra fortuna? —susurró—. Yo necesito muchísimo más dinero del que tengo… Y el dinero está ahí, a mi alcance… Lo tiene Ingrid.

Caída en el suelo, ella bisbiseó:

—Tú…, tú has sido el causante de que…

A pesar de que no sentía miedo, un espasmo la recorrió, y la hizo callar. Las tijeras, al avanzar un poco, se habían hundido en su cuello levemente.

—Sí, yo he sido el qué lo ha combinado todo —dijo James

suavemente—. ¿Y qué? Yo fui el que estropeó la dirección del coche de mi hermano, es decir tu marido, para que se despeñase cerca de Dover. Así la fortuna pasó a Ingrid, y entonces fue a Ingrid a la que tuve que trabajar…

Mientras que una gotita de sangre resbalaba casi hasta sus dedos, añadió:

—La historia de vuestra familia era, al fin y al cabo, una sucia historia. Demasiados anormales, demasiada gente peligrosa en ella. Y de un modo especial, tu hija Patricia…

—¡No te consiento que nombres a Patricia en ese tono! ¡Era una niña cuando murió!

—Sí, claro… Una niña. Pero en Sandrighan las tenían recluidas a las dos, ¿no? A Ingrid y a ella. Ingrid era normal, pero querían estudiarla… La estudió, concienzudamente, un hombre en el que teníais la máxima confianza: el doctor Temple.

—Temple era un buen hombre. Jamás faltó a su deber.

—No, claro que no…, ¿quién dice lo contrario, querida? Pero eso no puede evitar que Ingrid llegase a odiarlo con toda su alma. Que Ingrid lo hiciera responsable de la muerte de su hermana gemela. Las sensaciones de la niñez, no se borran jamás. Ni un milagro hubiese podido evitar que Ingrid odiase a Temple con todas las fuerzas de su alma.

—Te equivocas. Con los años… todo se borra.

—No, no se borra, si alguien cuida de ir recordándolo metódicamente. Ya te he dicho que «trabajé» a Ingrid. Le dije que habíais dado el cambiazo para disimular que ella era una tarada mental. Le confié, como un gran secreto que Patricia era ella. Es decir, que podía esperar cualquier grave trastorno mental en el transcurso de su vida.

—Eso es canallesco. Eso es… es…

—No importa lo que sea. Una fortuna como la vuestra, bien vale un poco de trabajo. Ingrid me creyó, porque, al fin y al cabo, yo era su tío y era médico. Me preguntó qué podía hacer. Casi resultaba conmovedora, ¿sabes? Había lágrimas en sus ojos… Yo le prometí que cuidaría de ella y que jamás notaría nada.

—Y…, y la has estado drogando…

—Sí. La he estado drogando de tal modo, que incluso en ciertos períodos recobra temporalmente el perfecto movimiento de sus

piernas. En esos momentos, que duran poco, es como una sombra. Está completamente sometida a mi voluntad. Sólo necesitaba proporcionarle un hacha y…, y enfrentarla, en un lugar solitario, al doctor Temple. Un papel impreso con la cara de éste, y que yo hice preparar también, bastaba para llenarla de un frío odio. Ella sabía lo que envolvía aquel papel.

No podía apenas respirar.

Para ella significó un esfuerzo terrible, decir, con un hilo de voz:

—Pero tú, con eso, no ganabas nada…

—¿Cómo qué no? Fotografié el momento del crimen con un *flash* y puedo enviarlo, en cualquier momento, a la policía. Ingrid será recluida en un manicomio para toda la vida, y el heredero seré yo. Tendría gracia que la llevaran a Sandrighan…

—Yo fui a Sandrighan —dijo la mujer, temblorosamente— porque era mi deber. Porque había visto sufrir y morir allí a mi hija Patricia, y no quería que otras niñas sufriesen y muriesen como ella. Por esa razón me quedé en Sandrighan. Mi marido se opuso de tal modo, que llegamos a romper. Me dijo que estaba rematadamente loca… Y quizá lo haya estado al cabo de los años, pero he sido la mejor enfermera, la mujer más paciente, la más comprensiva… He huido del mundo, para que otras niñas no sufrieran lo que yo vi sufrir. Si Ingrid va a Sandrighan, yo iré con ella.

—Hum… No sé si irás, querida. Ya sé que te has comportado como una santa y que has soportado, incluso, el desprecio de la sociedad a que pertenecías, pero no sé si volverás allí… Hay otras muertes. Ingrid estaba completamente hundida por mis drogas, cuando la puse en situación de matar a dos maleantes en el bosque de Bolonia, diciéndole que querían detenerla para llevarla al manicomio. Aquello también lo fotografié. En cambio, Mulford no murió a manos de tu hija, ¿sabes? A Mulford lo liquidé yo, en vuestra vieja casa señorial. Por suerte tengo los pies pequeños y pude calzar los zapatos que había hecho poner a Ingrid en las otras dos ocasiones. ¿Que por qué maté a Mulford? Pues porque me di cuenta de que había llegado a la auténtica raíz del asunto. No hubiera detenido a Ingrid. La hubiese hecho hablar antes, con paciencia, con método… Ella no recuerda apenas lo que ha sucedido, cuando pasan los efectos de la droga, pero podía hablar de mis medicamentos, de nuestro pacto de silencio… Mulford era

un hombre demasiado listo, que hubiese podido trabajar en contra mía, antes de la detención de Ingrid. Eso no me interesaba. Por eso acabé con él, aunque la verdad es que igualmente quería acabar con ese falso Robin Stafford y la mujer que lo acompañaba.

—¿Falso? —balbució la mujer, con la poca voz que le quedaba —. ¿No es Robin Stafford?

—No. Es un expresidiario llamado John Lane.

—Entonces, ¿también quiere hundir a Ingrid?

—No. Curiosamente, no. Lo que quiere, es ayudarla.

—No…, no lo entiendo…

—Ese tal John Lane es un buen muchacho, aunque parezca mentira. Y su novia Wanda mejor muchacha aún, porque, por amor a él, ha consentido que John cortejara a otra, es decir a Ingrid. John Lane ingresó en la cárcel por tapar a un hermano suyo, aunque él no había cometido delito alguno. Sólo hubo un hombre que creyó en él; un hombre que logró sacarle de la cárcel y lo convirtió, de nuevo, en un ser digno: ese hombre fue tu marido, mi maravilloso y estúpido hermano… ¿Te extraña que John le esté agradecido? ¿Te extraña que quiera sobre todo, salvar a su hija a costa de lo que sea? ¿Te extraña que haya usado una mentira para poder entrar en su ambiente?

Con voz más tensa, mientras la sangre volvía a resbalar por las puntas de la tijera, añadió:

—Tú también has querido salvar a tu hija… Tú también te has metido en esta casa y has rondado en torno a ella, incluso, queriendo que no te reconociese. Pero nada de eso va a servir, querida… Si no te has atrevido a intervenir antes, era porque no sabías lo que realmente pasaba, pero ahora ya lo sabes… Los que jamás llegarán a imaginarlo serán esos dos, John y Wanda… He intentado matar antes a Wanda, provocando la caída de un mueble, pero he fallado. La próxima vez no fallaré. Haré que sea la propia Ingrid quien los mate…

Y fue a hundir las tijeras en el cuello de la mujer.

Ella ni siquiera gimió.

En sus ojos desorbitados no palpitaba el miedo.

Sólo el dolor.

Sabía que, luego, acusarían también de aquello a Ingrid…

Las tijeras se movieron hacia adelante. Los dientes de James

chirriaron lúgubremente.

Y también chirriaron sus huesos.

Su cráneo.

Pareció chirriar su sangre…

Su cabeza quedó totalmente partida en dos, por el hacha, mientras Ingrid caía jadeante, mientras lanzaba un grito angustioso, mientras sus dedos arañaban el suelo.

El comisario Renaudot, desde la otra puerta, bajó el revólver con el que había estado a punto de disparar, mientras susurraba:

—Hum… Esa chica ha sido más rápida con el hacha, que yo con una bala. Ni siquiera la he visto llegar, tan absorto como estaba por ese relato…

Y ayudó a ponerse en pie a Ingrid, mientras musitaba:

—Nadie te librará de unos años de sanatorio mental, desde luego, para acabar de limpiar tu cerebro de las ideas que metieron en él, pero no creo que las cosas vayan más lejos… Vamos, apóyate en mí. Hay que sacarte de esta maldita casa. ¿Y usted, señora? ¿Nos acompaña?

La madre de Ingrid se había puesto en pie.

Se limpió la sangre del cuello con un gesto maquinal, con un gesto lleno de pesadumbre, pero que al mismo tiempo estaba también lleno de esperanza.

—Claro que les acompaño. ¿Mi hija irá a Sandrighan, comisario?

—Es muy probable que sí.

—No le faltará mi compañía —dijo dulcemente la mujer—. Si tantos años he cuidado de otras, ¿cómo no voy a cuidar de ella, ahora…?

Y descendieron todos.

Para encontrarse con John Lane y Wanda, en la planta baja.

Ellos también estaban dispuestos a ayudar a Ingrid en el doloroso camino que la volvería a la vida.

Y ellos habían unido sus manos, delante de todos, por primera vez.

Para siempre…

F I N



FRANCISCO GONZÁLEZ LEDESMA (Barcelona, 1927) es abogado, periodista y escritor.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de **Silver Kane**, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia,* alcanzando en ambos periódicos la categoría de redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona,* novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984

obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.